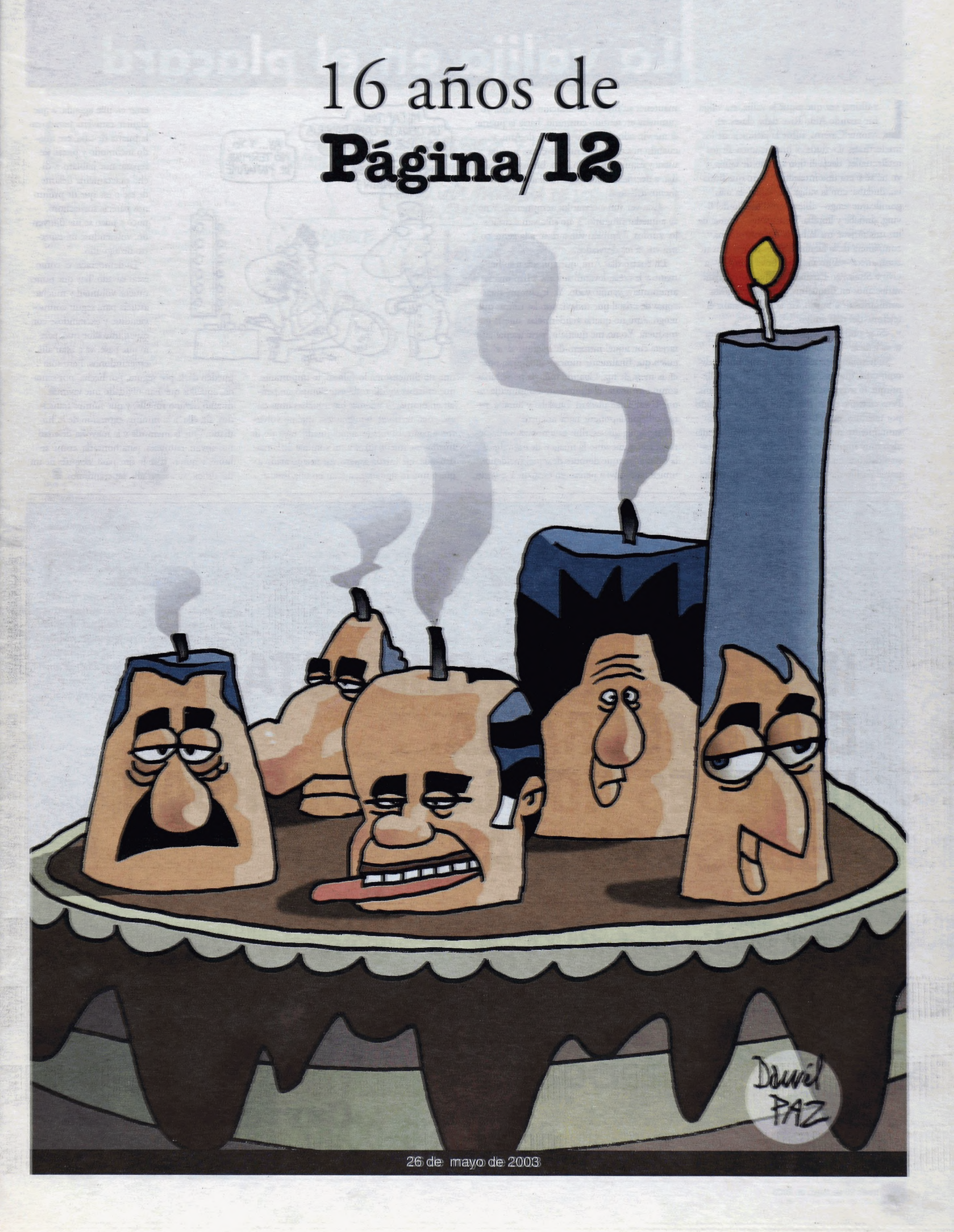
20 años de democracia

16 años de **Página/12**



Por Sandra Russo

"El hermano de Ami era militar, un joven oficial carapintada, que casi no tenía contacto con ella porque lo avergonzaba que Ami fuera lesbiana. Pero unos días antes la había llamado por teléfono: crecía el run run del levantamiento."

La valija en el placard

La última vez que saqué la valija, esa valija, fue cuando Aldo Rico daba clases, en Monte Caseros, sobre la jactancia de los intelectuales. La duda es una jactancia de los intelectuales, decía el tipo vestido de fajina, y yo no sé si era una intelectual, pero que dudaba, dudaba: con la valija, esa valija –la más grande que tengo– abierta en el medio del living, dudaba y lloraba. Tenía sobre la mesa de luz una tarjeta: me la había dado Ami, una compañera de la facultad, antes de irse con su compañera –ya no me acuerdo el nombre– a vivir a Sitges, en España. Ami había trabajado varios años en Buquebus, y conocía a varios comisarios de a bordo. En la tarjeta estaba el teléfono del más amigo.

–Si se pudre, lo llamás. De alguna manera te va a sacar –me había dicho Ami.

Su hermano era militar, un joven oficial carapintada, que casi no tenía contacto con ella porque lo avergonzaba que Ami fuera lesbiana. Pero cuatro o cinco días antes la había llamado por teléfono, cuando crecía el run run del levantamiento militar, y le había dicho que tenía algo muy importante que decirle. Quiso la casualidad que cuando el joven oficial caminaba por el pasillo del edificio de Barrio Norte para mantener su breve conversación con Ami, yo caminara en sentido contrario, hacia la puerta: él me vio salir del departamento de Ami, y cuando nos cruzamos me clavó una mirada torva y esquiva. Rapado, alto, buen mozo, allí iba, a decirle a su hermana Ami algo más o menos así:

–Esta vez van a cerrar los aeropuertos. Y no va a quedar ninguno. Y no sólo van a cazar a los zurdos. También van a cazar a la gente como vos, a los desviados.

En cuatro días Ami, que conocía a su hermano y le creía, levantó su casa. Hizo una feria americana y vendió todo. Yo le compré unas copas de cristal que todavía son las únicas que tengo. Ami no quería vendérmelas: quería que me fuera. Yo no me quería ir, pero acepté la tarjeta con aquel número de teléfono de alguien que finalmente nunca conocí, y la puse en la mesa de luz. Cuando todavía no se sabía cómo terminaría el alzamiento carapintada, saqué la valija del placard. Dudaba y lloraba, pero no llegué a ponerle nada adentro.

Hoy tenía que escribir esta nota sobre la democracia, y me vino la imagen de esa valija a la cabeza. Porque después de aquel incidente, nunca más volví a pensar en escapar. Y a veces uno no dimensiona lo valioso, lo importante que es haber vivido todo este tiempo sin pensar en escapar. Y además hay muchas otras cosas, cosas terribles, repugnantes, que no volvieron a pasar. El miedo, aquel miedo, ese tipo de miedo, ese miedo atroz a los sonidos de la madrugada, ese miedo áspero, ese miedo ácido a que a uno lo siguieran, a estar en una lista, a estar en una agenda, a que alguien estuviera parado en la puerta de casa, ese miedo incómodo y pueril de repasar qué habíamos dicho exactamente delante de ese o esa que de pronto nos parecía sospechoso, poco a poco se fue diluyendo, volviéndose un espectro de algo ido.

La democracia es como estar casado: hay que poner mucha voluntad y mucha astucia para seguir conmoviéndose y excitándose con quien uno sabe que, pase lo que pase, va a estar allí, esperándonos. Pero sólo pueden darla por segura, por hecha, por sentada, aquellos que han olvidado que vivimos mucho tiempo sin ella, y que fuimos reducidos, sin ella, a la mínima expresión de lo humano. Que la memoria y la mayoría de edad nos sirvan, entonces, para honrarla, como se honra a quien, pase lo que pase, después de un día difícil, va a estar allí, esperándonos. ■

MI CAPITÁN... LA CENA DE CAMARADERÍA ESTÁ POR EMPEZAR Y EN CUALQUIER MOMENTO LLEGA ALFONSÍN

AY... Y YO NO TERMINÉ DE PINTARME

Publicado el 08/07/87

Por J. M. Pasquini Durán

"Los autoconvocados son grupos de personas que, sin pertenecer ni obedecer a ninguna organización particular, se reúnen porque comparten la decisión de alcanzar propósitos comunes."

AUTOCONVOCADOS

Los afectados por las inundaciones en Santa Fe marcharon para demandar la atención que merecen de las autoridades y al frente de la columna llevaban un cartel con la identificación: "Inundados autoconvocados". Ya es leyenda la faena de los vecinos de Esquel, también reunidos por propia voluntad, que impidieron con éxito daños irreparables al medio ambiente de su zona evitando que el gobierno y una corporación minera canadiense explotaran una mina de oro con uso masivo de arsénico. En esta evocación, imposible olvidar al grupo de madres de detenidos-desaparecidos que se congregaron un jueves en la Plaza de Mayo, o las puebladas de Cutral-Có y Tartagal, los cortes de ruta con "piquetes", algunas jornadas de diciembre de 2001, las asambleas barriales, las movilizaciones vecinales contra el crimen y el "gatillo fácil"... La lista se hace interminable apenas la memoria recorre los archivos cotidianos y la clasificación completa de las reivindicaciones con seguridad agotaría los asuntos públicos y los mejores sentimientos humanos de cooperación y solidaridad.

Publicado el 30/09/97

Los autoconvocados son grupos de personas que, sin pertenecer ni obedecer a ninguna organización particular, se reúnen porque comparten la decisión de alcanzar propósitos comunes. Es, si se quiere, la forma primaria de lo que los políticos siempre prometen y nunca hacen: formar consenso alrededor de lo que llaman "políticas de Estado". Esos grupos pueden ser transitorios o permanentes y en más de una ocasión han dado origen a entidades que llegan a tener influencias sobre el resto de la sociedad. Pueden o no conseguir lo que se propusieron, pero en ningún caso la experiencia pasa sin dejar huellas en sus participantes. En más de una ocasión hay quienes se preguntan si se trata de fenómenos naturales o son recursos del desamparo, ya que las instituciones que deberían ocuparse están mirando hacia otro lado.

Es decir, ¿existirían igual si las organizaciones formales y establecidas cumplieran con plenitud sus responsabilidades? Un debate abierto hoy en día, por ejemplo, es el que involucra a ciertos sindicatos formales y el nuevo movimiento piquetero. Algunos líderes sindicales piensan que es episodio pasajero producido por la explosión del desempleo, pero que si la economía recupera impulso esos trabajadores volverán a tener empleos estables y, con ellos, regresarán a las respectivas organizaciones gremiales. En consecuencia, perciben al movimiento con carácter de auxiliares temporales de la actividad sindical, mientras que ciertos sectores piqueteros consideran que sus proyecciones sobrepasan la mera coyuntura y, con o sin empleo, los trabajadores que lo integran han llegado para quedarse. Así como aquellos eran sindicatos de fábrica, estos son sindicatos territoriales.

Antes de asumir que se trata de bandos separados o irreconciliables, quizá será útil ubicar este tipo de temas en sus contextos más amplios. Las tendencias de las sociedades contemporáneas, con grandes concentraciones urbanas en detrimento de las rurales, lo cual supone hábitos de vida, de consumo y hasta de ocio diferentes, además de las modificaciones sustanciales en los sistemas de empleo y producción por obra de la tecnología, las fusiones corporativas y otros factores novedosos, tendrán que encontrar reflejos en las instituciones de esas mismas sociedades. Los partidos, sindicatos, cámaras, iglesias, están desafiados a convivir con las expresiones sociales, ya que ninguno de ellos estará en condiciones de contener a la totalidad del nuevo mundo.

No está dicha la última palabra, lo mismo que en tantas otras cuestiones que están atravesadas por preguntas sin respuestas acabadas y por incertidumbres. Aun con esa reserva, los autoconvocados muestran que la democracia, en la base social, arraiga de muchas maneras y sólo la capacidad para la tolerancia, la imaginación para encontrar nuevas vías de avance y el firme rechazo a los dogmas librescos podrán contener y aprovechar los frutos de época. No se trata de matar viejos ni ahogar a los jóvenes, sino de construir el mejor mundo posible para todos. Valdría la pena autoconvocarse para un objetivo de ese porte. ■

Por Martín Granovsky

La memoria, materia exquisita

> "Entender la memoria como commodity, una mercancía que tiene valor por sí misma, fue parte de una larga despolitización."

La sensación fue de hielo esa tarde del 9 de diciembre de 1985, cuando el juez León Arslanian leyó las penas. De los nueve comandantes de la dictadura procesados por la Cámara Federal, sólo seis recibían condena: Jorge Videla, Emilio Massera, Orlando Agosti, Roberto Viola, Omar Graffigna y Armando Lambruschini. Dos solamente fueron condenados a perpetua, Videla y Massera. Agosti mereció una pena que sonaba absurda, cuatro años y medio de prisión. Viola sorteó la perpetua. Y, sobre todo, Leopoldo Galtieri salió inocente. Como los jueces no aceptaron el criterio de los fiscales Julio Strassera y Luis Moreno Ocampo de acusar por juntas y lo hicieron por comandante, cada uno de los procesados de una fuerza se salvó de compartir los delitos cometidos por las otras dos.

¿Era posible un final tan frío para el juicio más importante en el mundo desde el Tribunal de Nuremberg? Los sentimientos, poco a poco, se fueron acomodando. Incluso ante golpes duros, como las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y más que nada el indulto, aquella sentencia quedaba cada vez más en perspectiva. Política. Histórica. Personal. En las ideas y en el corazón.

El mismo juicio, con los testigos desnudando la verdad y los defensores de los comandantes prolongando la tortura, había servido para conocer mejor a la sociedad argentina de la dictadura, esa mezcla despareja de miedos, complicidades, culpabilidades, paranoia y vocación por el orden sin vida.

El juicio, más los efectos de la derrota militar en Malvinas, conectó a la Argentina con el nuevo derecho internacional de los derechos humanos que terminaría, muchos años después, en el proceso de Baltasar Garzón y el arresto de Augusto Pinochet en Londres.

Mirado a la distancia, aquel 9 de diciembre no quedó entre los fríos históricos sino entre los pocos días de justicia del siglo XX. Sin embargo, hay algo de ingenuo en el hielo desmesurado que se va convirtiendo en euforia sin crítica. Fue así que se endiosó la memoria por sí misma, como si recordar garantizase, de manera automática, un buen futuro. Con la memoria no habría más golpes, ni autoritarismo, ni policía bonaerense, ni mafias en el aparato estatal. Con la memoria no habría más injusticia.

Entender la memoria como commodity, una mercancía que tiene valor por sí misma, fue parte de una larga despolitización. La memoria sola no podía ser otra cosa que museo, o un libro de historia, o un paso imprescindible en la reconstrucción de vidas enteras. No es poco, es mucho. Pero no se transforma en política ni pasa a formar parte del Estado y sus compromisos. Por eso resultó que los ejercicios más eficaces de memoria –eficaces para poner frenos reales a cualquier vuelta atrás– fueron los más activos, los que al mismo tiempo relacionaron la Justicia, la institucionalidad democrática, la restitución de identidad, la apertura argentina al derecho internacional de los derechos humanos y la pelea, desde dentro y fuera del Estado y los Estados provinciales, por desprenderse de policías bravas de otro tiempo.

En el museo del campo de concentración de Buchenwald, cerca de Weimar, el experto alemán Daniel Guede no muestra a los chicos la insignia de las SS del derecho sino del revés. Allí figura el nombre del sastre que la confeccionó. Y los tanques de gas para las cámaras tienen el nombre de la fábrica que los elaboró.

Cuanto más concreta y menos mítica es la memoria, más llano es el camino para que se transforme en materia exquisita, como bellamente la definía Osvaldo Soriano. ■



Publicado el 25/06/95

Los héroes del pueblo

Por Osvaldo Bayer

Acaso hay un acto más democrático que aquel que sucede cuando la opinión popular pone al desnudo un crimen del Estado que éste ha tratado de esconder durante ochenta años? ¿Un alevoso crimen contra todas las leyes y la Constitución? Para alegría de todos aquellos que aceptan sólo como democracia la época en que todos los habitantes de un país viven en dignidad, el homenaje de los centenares de trabajadores rurales fusilados por el Ejército argentino en 1921/22, en la Patagonia, terminó con el silencio cobarde y cínico de las autoridades. Todos se callaron la boca: los radicales, los peronistas, la Iglesia, la CGT de los gordos, el Congreso, la Justicia, los diversos poderes ejecutivos desde Yrigoyen hasta Perón. Los libros que se escribieron con todos los datos históricos sobre la masacre fueron quemados por el teniente coronel Gorleri por "Dios, Patria y Hogar", pero antes habían sido prohibidos por el gobierno peronista de Isabel. El film sobre esas huelgas, *La Patagonia rebelde*, estuvo prohibido diez años, también por el gobierno peronista de esa época. Al autor de la investigación se le largaron los perros sarnosos de la persecución y debió sufrir ocho años de exilio.

Pero la democracia triunfa siempre y cuando esa movida desde abajo, desde los sectores más humildes. Fue la Unión de Trabajadores Rurales y Estibadores la que le puso punto final al olvido. Primero, hace cinco años, se levantó el monolito en memoria de los cuatrocientos diez gauchos fusilados en la estancia "La Anita"; segundo fue el monumento levantado en Jaramillo a uno de los héroes más puros de nuestra historia de pampas y llanuras: José Font, llamado "Facón Grande", que encabezó las columnas obreras en la lucha contra la explotación de la tierra, que tenía los colores de la bandera británica. Un monumento al coraje y a la justicia. A "Facón Grande", fusilado por el 10º de Caballería del Ejército argentino. Ahí está el gaucho, mirando en lontananza, fiel a sus ideales, fiel a sus compañeros, fiel a la dignidad humana. Fusilado por la cobardía de los políticos de Buenos Aires y por la brutalidad sin límites de los uniformes.

El cuarto acto de valentía histórica fue la señalización de las tumbas masivas de Gobernador Gregores y luego, hace apenas seis meses, la emotividad en San Julián: la elevación a hijo preferido de la ciudad de Albino Argüelles, el valiente rural que puso el pecho a los representantes de los dueños de la tierra, fusilado por el feroz capitán Elbio Carlos Anaya, que aprovechaba de sus jinetas para ser dios de la vida y de la muerte de los humildes.

Finalizados los actos, me quedé mirando el ancho espacio de la llanura de la soledad. Me dejé acariciar por la fría brisa. Lo que acabábamos de hacer era democracia pura. La reivindicación de los asesinados por el delito de creer en el progreso, de creer en la vida, de defender la libertad. Esas soledades se cubrieron de pronto de decoro humano. En esas horas, sí, comprendí realmente lo que debe ser siempre la democracia, que se me sumó a la sangre roja de mis venas. ■



Publicado el 06/08/95

El fiscal en el bodegón

Por Eduardo Aliverti

Suelo encontrarlo a Strassera en el bodegón de San Juan y Sarandí. En esa esquina que lleva el nombre de Rodolfo Walsh porque fue por allí donde lo emboscaron. Voy siempre, los sábados al mediodía, cuando termino el programa de Rivadavia, con todo el equipo. Y la primera vez que lo vimos, con su mujer y su hijo, tan sencillamente, tan disfrutando de un vino de medio pelo y, creo, una empanada gallega, denotando apenas el paso de los años y pegándonos un abrazo fuerte, de esos que uno se da con la buena gente, el productor de mi programa me dijo: "Y bueno, acá tenés a este país. Este tipo fue el símbolo de la vuelta de la democracia y acá está, como cualquiera de nosotros, humilde, a cara descubierta, sin miedo a que lo escrachen porque nadie lo podría hacer. ¿Quién se acuerda de él? Miralo. Es la fotografía de alguien que no robó, que no se aprovechó de nada. Miralo y comparalo, ponele, con Moreno Ocampo, que era el adjunto".

Ese día seguimos en mesas separadas. Pero el encuentro me impactó y les dije a todos que cómo podía ser. No era que estuviéramos frente a un indigente caído de alguna cúspide ni muchísimo menos: que cómo podía ser que el fiscal del juicio a las Juntas, el que dijo "señores jueces, Nunca Más" en medio del odio de las miradas de Videla y Cía., demostrara en ese bodegón la honestidad que se correspondía con el papel que la Historia le dio y nadie lo tuviera presente. Que no se lo rescatara para algún homenaje, algún artículo periodístico, algo, lo que fuera. La disquisición permaneció durante un tiempo y en medio de eso me convocan a aprovechar los 16 años de este diario para escribir sobre una escena, un hecho, un personaje, significativo de la (de esta) democracia. No dudé: Strassera. El fiscal. El del bodegón.

Cuando el juicio a las Juntas yo ya llevaba casi diez años en la profesión. Un lapso respetable, y más si se le suma mi formación ideológica setentista. Quiero decir: no era un panfilo, en el sentido de ser fácilmente engañable por los fuegos de artificio de la primavera democrática. Nunca creí en el carácter revolucionariamente progresista, o al revés, que tanto tilingo y tanto gil de clase media le adjudicaba al gobierno de Alfonsín. Para no hablar de una larga lista de connotados intelectuales, de presunta izquierda, que le sirvieron de propagandistas y que muy poco tiempo después, con el Punto Final y la Obediencia Debida, se mandaron a guardar (en el mejor de los casos). Pero siempre sentí que Strassera era diferente, si no distinto. El tipo gozaba con lo que hacía. No creía en los dos demonios. Verdugueaba a los milicos y a sus defensores (sé que antes de entrar a la sala le tocaba el culo a Orgeira, el abogado de Viola, sabedor de que además de un gran hijo de puta era un leche hervida que se descolocaba con esas jodas). No dormía noches enteras leyendo los antecedentes de cada caso y ajustando la perfección de sus intervenciones. Uno podía sospechar, o ni siquiera eso, de cuánto de verdaderos tenían los cojones del gobierno, de la Coordinadora, de los miembros del tribunal. El coraje y la ausencia de especulación de Strassera, en cambio, estaban fuera de toda duda. A ver: uno lo miraba a Moreno Ocampo y no se hubiera negado a verlo años después como abogado de una telefónica privatizada. Pero lo veía a Strassera y eso no se le hubiese ocurrido jamás. Como mucho podía adjudicársele una dosis de ingenuidad excesiva respecto del rumbo que tomaría la administración radical.

El tiempo les dio la razón a aquellas percepciones y hoy se siente que es con gente como Strassera con quien puede reivindicarse a la política y a la militancia. Su honestidad y su humildad sin tachas no son el techo de nada, pero sí el piso de todo. ■



Publicado el 23/06/87

Aburrida, pero mejor que la alternativa

Por James Neilson

"En democracia, nada es permanente, lo que en un mundo que evoluciona cada vez más de prisa es una razón más por la que es el único orden que sirve."

"¿Quisiera llamarme la atención sobre algún incidente determinado?"
"Al episodio extraño que ocurrió con el perro durante la noche."
"El perro no hizo nada durante la noche."
"Aquel fue el episodio extraño", dijo Sherlock Holmes.

Hace un par de décadas, estaba de moda despreciar la democracia por tratarse de algo esencialmente negativo. Los críticos no se equivocaban por completo. La democracia es hostil a los grandes proyectos, a las epopeyas que tanto encantan a quienes suelen tomar a sus semejantes por pedazos de arcilla, desechables o no, con los que quisieran crear una obra maestra. De por sí, no da de comer, no educa, no cura. Sólo supone un conjunto de reglas sencillas derivadas de la seguridad de que pronto los poderosos tendrán que someterse al juicio de gente veleidosa que puede aplaudirlos un día y abuchearlos otro. En democracia, nada es permanente, lo que en un mundo que evoluciona cada vez más de prisa es una razón más por la que es el único orden que sirve.

La democracia llegó tarde a Argentina, país en que siempre habían abundado impacientes de derecha y de izquierda deseosos de saltar por encima de las dificultades, sobre todo de las supuestas por la necesidad de convencer a los obtusos de los méritos de las ideas propias. Durante buena parte de los años ochenta pareció que "esta democracia" sería un interregno más entre dos dictaduras, pero en 1989 nos dimos cuenta, con cierta sorpresa, de que estaba para quedarse. Acaso el episodio decisivo –lo fue mucho más que el provocado antes por los carapintadas– vino cuando la hiperinflación abría sus fauces y según las radios "columnas" de hambrientos avanzaban por Rivadavia hacia el centro. Sin embargo, pocos decían que por haber fracasado la democracia de forma tan rotunda sería necesario pedir perdón a los militares. Los hubo que pensaban que sería bueno que algunos tanques hicieran acto de presencia, pero la reacción general frente a sus sugerencias fue de extrañeza. ¿No sería peor el remedio que la enfermedad? También pareció grotesca la propuesta de un sindicalista despistado que quiso que los militares invadieran el distrito financiero.

Poco más de diez años más tarde, lo que en la Argentina de antes hubiera sido calificado de otro "fracaso de la democracia" irrumpió de manera todavía más espectacular. "Qué se vayan todos" gritaban millones de defraudados y depauperados, pero que yo sepa a nadie cuerdo se le ocurrió gritar "qué vengan los milicos". Incluso las alusiones de personas como Duhalde a "guerras civiles" y "anarquía", por venir no dieron pie a una campaña significante contra la democracia como tal, en parte porque los más entendían muy bien que las tiranías sólo son buenas para los tiranos y sus amigos, pero también porque ya se daba por descontado que los problemas son de todos y si no es posible resolverlos en democracia no los resolverá nadie. ■

Por Miguel Bonasso

La democracia me esperó como una novia



Suelo llegar tarde a todos lados; también llegué tarde a la democracia. Recién pude regresar a la Argentina en marzo de 1988, cuando el gobierno de Raúl Alfonsín ya llevaba cuatro años e ingresaba en el ocaso. El exilio impuesto por la dictadura había durado siete años, los otros cuatro eran una yapa que debía a la teoría de los dos demonios y a una causa judicial iniciada por los militares y continuada en tiempos civiles por el juez Miguel Pons y el fiscal Juan Martín Romero Victorica, un cazador de guerrilleros que luego se rejuntaría con el finado Rodolfo Galimberti en el oscuro trámite judicial donde la familia Graiver tuvo que desprenderse de unos cuantos millones de dólares para "devolvérselos" a Jorge Born.

En esos cuatro años de ostracismo prorrogado, mis hijos crecieron lo suficiente como para optar por quedarse en México (donde continúan), yo decidí prolongar mi alejamiento del país durante algunos años y a mi primera compañera, Silvia, la nostalgia se le convirtió en el cáncer que la llevaría a la tumba. Cuando regresé con ella al país, en aquella corta visita del '88, me sobresaltó una noche el alevoso perfume de las glicinas: caminábamos por la calle Sucre y me volví para decirle a mi mujer en dialecto argenmex:

–Estos hijos de la chingada nos robaron cuatro años de vida.

–Peor te hubiera ido si te metían preso como a (Ricardo) Obregón Cano –fue su sensata respuesta.

Obregón Cano, el ex gobernador justicialista de Córdoba en 1973, se había pasado cuatro años en Devoto (igual que Osvaldo Lovey), por ser uno de los demonios a los que no le alcanzaron los beneficios de la Obediencia Debida y el Punto Final. Mi corto regreso se debía a los buenos oficios de mi valeroso abogado, el Negro Giúdice Bravo, y a una campaña internacional, liderada por Gabriel García Márquez, para que los jueces me otorgaran el beneficio constitucional de la eximición de prisión que ya le habían otorgado en enero a Juan Gelman.

En 1985, durante una visita de Estado que Alfonsín hizo a México, le pregunté cara a cara si creía que cualquiera de nosotros constituía un peligro para la renacida democracia. Me dijo "usted no" (porque seguramente me consideraba un demonio bastante amable y civilizado), pero explicó que él había asumido personalmente la decisión de juzgar a los comandantes y debía ser equitativo, repartiendo un gomazo judicial sobre el otro bando. No nos pusimos de acuerdo. Es curioso, creo no haber estado casi nunca de acuerdo con Alfonsín.

No estuve de acuerdo, por ejemplo, con su casa en orden y sus infaustas Pascuas, que miré de lejos, a siete mil kilómetros de distancia, arropado por ese México agresivo y dulce como el higo de tuna. En aquella época no había Internet y mi nexo regular con el país (amén de cartas y viajeros) eran los diarios. Durante mucho tiempo los "clarines", que llegaban por Aerolíneas dos veces por semana y me restituían el paisaje de Buenos Aires: sus lejanas ochavas y las nalgas porteñas de Pampita, diseñadas con justificada lujuria por el genio de Horacio Altuna.

Hasta que una tarde lluviosa de abril me llegó por Federal Express un paquete de fotocopias tamaño tabloid alargado: el número cero de un nuevo diario que se iba a llamar –insólitamente– **Página/12**, al que me invitaban a sumarme. A partir de ese momento, aquel demonio herbívoro que era yo en aquellos años pudo nutrirse de una nueva visión sobre la cotidianidad perdida, hecha de primicia y desparpajo, de informalidad coloquial para los títulos, como gancho imprescindible para sumergirse en la seriedad de una información con valor agregado.

A partir de ese momento empecé a mirar el país lejano desde el atalaya de **Página/12**. Y el país se acercó considerablemente. Además, recuperé la prosa de colegas y amigos con los que había trabajado antes de la tormenta y sentí la profunda emoción de encontrar mis propios artículos allí, junto a los suyos. Era una manera de regresar, en letra de molde, a compartir el desayuno de los flamantes lectores. Un anticipo del retorno en carne y hueso. A poco de haber nacido el diario, me publicaron aquel controvertido reportaje al coronel Alí Mohamed Seineldín que alguien –aún no identificable– le había hecho en un corto viaje a México y me lo había pasado para que fuera yo el que detonara la bomba. Entonces empecé un nuevo diálogo con el terruño, que con los años se haría rutinario: la comunicación con las radios argentinas que ignoraban la diferencia horaria y me llamaban, alegremente, a las seis de la mañana.

Hasta que un buen día, mucho tiempo después, llegué a Ezeiza como en un sueño y la democracia que me había perdido estaba allí, esperándome, un poco ajada y trucha, pero con indudables encantos. ■

"Lo encaro al tipo, bronceadito, con el antebrazo izquierdo fuera de la ventanilla, manejando con una sola mano, muy dueño de su auto, de la calle y por qué no del mundo. 'Oiga, a una manifestación no se viene en coche', le digo."

Por José Pablo Feinmann

En el corazón del ruido

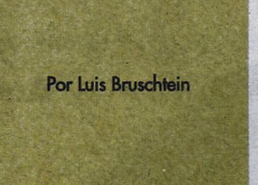
Mírenlo al muy cretino. Se vino a la manifestación con su BMW. Adelante, él y su mujer. Atrás, los dos pibes que se asoman por la ventanilla y hacen muecas idiotas. Es de noche y está cálido. Toda la gente viene caminando por Santa Fe hacia el centro. Plaza de Mayo es el objetivo. Son las diez y está lindo para caminar y gritar injurias contra el estado de sitio. Sobre todo una, una buena y contundente injuria: que se lo metan en el culo. Es el 19 de diciembre de 2001.

Detrás del cretino del BMW viene otro con un Peugeot. Andan cerca del cordón, como si fueran buena gente y no quisieran aplastar a nadie, a ninguno de los nabos que caminan por ahí, cansándose. De pronto, el colmo. El del Peugeot le toca bocina al del BMW. Que se apure. El del BMW le toca bocina a la gente. Que dejen pasar. "Peráme", le digo a mi mujer y lo encaro al tipo, bronceadito, con el antebrazo izquierdo fuera de la ventanilla, manejando con una sola mano, muy dueño de su auto, de la calle y por qué no del mundo. "Oiga, a una manifestación no se viene en coche", le digo. Y le digo "manifestación" y no "movilización popular" para que me entienda o para que no grite "Socorro, un montonero". El tipo me mira con cara de no haber entendido. "Dejá el coche en alguna parte y caminá con el resto de la gente." "¿Dejar el coche en medio de este despelote?", se asombra. "O me lo rompen o me lo afanan." Y siguió nomás. El corralito le había despertado cierta conciencia social que alcanzaba hasta el exacto punto de sacar el coche, cargar a la mujer y a los pibes y mezclarse con la gilada caminante. Era un ahorrista. Luego pasaría a engrosar las filas combativas de Nito Artaza. Y luego se iría a su casa y se quedaría ahí, con su mujer, los pibes, el auto en la cochera y los ahorros recuperados. Y, para él, una vez más, se acabó el país.

Tuve, esa noche, otra imagen de la democracia. Llegué a la Plaza y encontré a Lilia Ferreyra. Estaba tan, tan contenta. Y si no estaba así fue así como la vi yo y acaso como quería verla. Nos abrazamos. Se besaron con mi mujer. Nos reímos con lo del estado de sitio. Alguien dijo que todos –ahí, esa noche, en la Plaza– estábamos para señalarle al poder el perfecto sitio donde meterse el estado de sitio, ese sitio era el culo, les gustara o no tenerlo ahí; en cualquiera de los dos casos, no era el lugar donde querían tenerlo. El Estado lo querían ellos y el sitio lo exigían para nosotros. El sitio era, otra vez, nuestra casa. El lugar donde el poder nos quiere. De casa al trabajo. Del trabajo a casa. Felices Pascuas. La casa está en orden. La casa radical. El peronismo es comer tallarines los domingos con la vieja. La familia es la célula de la sociedad. La familia se reúne en la casa, que es su santuario. Los políticos se quedan con el Estado. Y los banqueros con los Bancos, con la Bolsa, con el Mercado, con todo. Nosotros, en casa, miramos la tele o navegamos en Internet.



Nos despedimos de Lilia. Buscamos la vereda, nos sentamos un rato en el cordón, nos tomamos un par de cervezas y entonces hubo un estallido infinito en la Plaza. Nos paramos y los ojos no alcanzan para ver tanto ruido, porque ese ruido se ve, se oye y se ve porque uno ve a los protagonistas del ruido. Son todos esos argentinos hartos de tanta mafia, de tanto robo, de tanta impunidad, de tanto hijo de perra suelto, de tanto descarado insolente, fanfarrón. Hay música y belleza en el ruido. Schoenberg solía decir: "A veces encuentro música en el corazón del ruido". Y no hay sinfonía de Shostakovich (y escribió quince) en que la orquesta en cierto momento no se desatine, no se desmadre, no incurra en un estallido incontrolable que te agarre de los pelos y te revolea el alma o lo que sea y te lleva directamente al más allá, al vértigo absoluto, a la dimensión desconocida, a la locura. Así vi esa noche la Plaza de Mayo. Era una gran orquesta sinfónica. No importa qué pasó después. Todo nace para decaer y después morir. Pero algunos nacimientos son un destello infinito, un clinch con la eternidad. Con mi mujer, nos miramos. Más que el amor, esa noche, nos une el ruido, el escándalo, el desborde, la jubilosa promiscuidad con los otros. Y nos metemos en el corazón de la Plaza. En el corazón del ruido. Donde Schoenberg encontraba la música. Donde todos la encontramos esa noche. ■



Por Luis Bruschtein

El tic tac

El ciudadano estaba pintado. El desocupado, desocupado. Y el país se caía a pedazos. La televisión mostraba a los jubilados que no podían cobrar y se desmayaban en las colas frente a los bancos. Hubo saqueos, gente aquí en la ciudad que salió a buscar comida. Los bancos cerraban, la deuda externa, las exigencias del Fondo, las peleas y las promesas de los políticos. El dueño de un almacén lloraba porque había perdido todo en los saqueos. Pobres contra pobres disputándose migajitas en un país rico. Los ricos que ostentaban su riqueza reciente. Recuerdo una mujer que lloraba frente al televisor, que no podía separarse de esa ventana que se abría a un país destrozado.

Había empezado como un día más, con la misma rutina del todo mal y las mismas noticias agobiantes en un clima resignado y sin esperanza. De caminar con los pies pesados hacia el trabajo, de saber que iba a ser otro día de malas noticias. Domingo Cavallo que se iría o se quedaría y al final se iría, y después un discurso presidencial de que todo estaba de lo más bien, pero que por si acaso declaraba el estado de sitio. Y muchos que lo habían votado, que se arrepentían de haberlo hecho, ahora maldecían como si ese voto hubiera sido el peor acto de sus vidas. "¿Este idiota no se da cuenta de lo que pasa?", preguntó alguien después de escuchar, pasmado, el discurso presidencial.

Era otro día más en esa rutina de caída perpetua, de perder algo cada día, a veces la vergüenza de ver a otros comiendo de la basura y bandadas de chicos pidiendo en las calles, de andar por la ciudad en una burbuja de vacío, de sentarse a contarlo como otro día más. Pero esa noche, algunos redactores que ya se habían retirado, empezaron a volver. "Por toda la ciudad se escucha el ruido de las cacerolas", dijeron ya con la sospecha de que ese día empezaría a ser distinto.

Las calles estaban vacías y oscuras en ese estado de sitio. Pero un leve rumor metálico parecía salir de todos lados y crecía sin llegar a convertirse nunca en estruendo. Era un tic-tac metálico, como un reloj que marcaba otra hora en todos lados y al mismo tiempo. Había que seguir ese latido en el aire, asirlo con el oído igual que hacen los perros con el olfato cuando siguen una presa. No había un origen, había muchos. Uno caminaba a tientas para encontrarlos sin cita ni convocatoria.

Cerca de la redacción, lo que más fuerte se escuchaba provenía de la Plaza de Mayo. En ese momento estaba iluminada y los grupos que habían

Por Ernesto Tiffenberg

Esa noche de las cacerolas

"Horas después los caceroleros volvieron a sus casas borrachos de poder, calor y vagas esperanzas. Habían echado a un ministro y acorralado a un presidente. No sabían que también habían conjurado los demonios del estallido social ni que estaba por comenzar la batalla por Plaza de Mayo."

El teléfono del ministro, ese que sólo conocían los realmente importantes, sonó justo a la hora en que el día empieza a deshilacharse. ¡Mandá el ejército, entendés! ¡Mandalo ya!, escuchó el ministro. Tardó en reaccionar pero, al recomponerse, sólo balbuceó incoherencias. Y seguía balbuceando cuando el empresario, uno de los pocos que no necesita dar órdenes para que se cumplan, cortó la comunicación.

El empresario vive con su familia en una mansión del Gran Buenos Aires y estaba convencido de que las hordas irían por él. Los miserables, que todo el día habían corrido de un supermercado al otro despanzurrando góndolas, se preparaban para el asalto final. Después de años de humillación silenciosa, esa noche, esa precisa noche del 19 de diciembre, había llegado la hora de la venganza.

Cuando el ahora ex ministro lo cuenta la voz vuelve a balbucear. Sabe que poco antes Fernando de la Rúa había dictado el estado de sitio. Sabe que ya sumaban decenas los muertos en todo el país, pero también sabe que en ese momento le parecían pocos, que creía que con la noche un ejército de sombras avanzaría sobre los barrios de clase media y alta ubicados como enclaves de ocupación en el territorio de la miseria. Sabía que los guardias privados encargados de la defensa estaban armados y sabía que entonces sí, esa noche, todos conocerían la revulsiva experiencia del terror.

El entonces ministro sabía todo eso. Pero no sabía qué hacer para evitarlo.

En ese momento sonó la primera cacerola.

Curiosamente fue en un barrio alejado del centro, tanto, que cuando volvió a sonar el celular oficial ya habían pasado unos cuantos minutos. Ahora el sonido crecía en todas las casas, se apropiaba lentamente de las calles y avanzaba en ola sobre Plaza de Mayo. El ministro sólo pensaba en los ejércitos de sombras y en su familia, también acorralada en el Gran Buenos Aires, y en los saqueos y en los muertos. Así que el ruido de las cacerolas sólo le produjo un arranque de furia. Tampoco sabía que era justamente ese ruido el que evitaría la masacre.

La gente se apoderó de la noche. Tanto, que no quedó espacio para los rumores, esos que anunciaban asaltos y carnicerías. Dejaron de sonar los celulares de los ministros y la policía acuarteló a sus hombres. Todo el escenario de la política quedó ocupado por una multitud convertida en marea que desafiaba los demasiado familiares ritos de la muerte. Los gritos de protesta acallaron los de miedo y la postergada revancha se convirtió en el recuerdo de algo que nunca ocurrió.

Horas después los caceroleros volvieron a casa borrachos de poder, calor y vagas esperanzas. Habían echado a un ministro y acorralado a un presidente. No sabían que también habían conjurado los demonios del estallido social ni que estaba por comenzar la batalla por Plaza de Mayo.

En los calientes días que siguieron muchos soñaron que esas fragorosas jornadas callejeras del 19 y 20 de diciembre renovarían de una vez y para siempre la política nacional. Que el "que se vayan todos" era algo más que un grito de desesperación por las ilusiones y los ahorros perdidos. Preferían ignorar que del miedo sólo surge más miedo, que la angustia no construye alternativas. Un año y medio después, esos sueños parecen quebrados. Los paraísos artificiales se disuelven en sufridos purgatorios.

Pero esa noche el ruido de la gente tapó el ruido de las armas y evitó la excusa que esperaba más de uno para desatar sus fantasmas. La conjura imposible que ahogaría los restos institucionales en los desesperados reclamos de orden. Es cierto, esa noche no nació la Argentina soñada, pero se evitó que desbarrancara la tambaleante Argentina democrática.

Nadie, nunca, podrá decir que fue poco. ■



Publicado el 26/01/02

"Pero esa noche, algunos redactores que ya se habían ido empezaron a volver. 'Por toda la ciudad se escucha el ruido de las cacerolas', dijeron ya con la sospecha de que ese día empezaría a ser distinto."

llegado en forma espontánea estaban delante del monumento a San Martín. Eran vecinos de los barrios del centro, de San Telmo y Montserrat, eran empleados, desocupados, amas de casa, trabajadores y gente de clase media y muchas mujeres y chicos. Golpeaban sus cacerolas, reían y gritaban contra el estado de sitio y contra los políticos que los habían engañado, lloraban, pero ahora de alegría cuando abrazaban a los nuevos contingentes que llegaban. Toda la mufa se había transformado en un despertar, con una alegría pacífica, pero furiosa. La pobreza, el hambre, la falta de trabajo, los jubilados sin cobrar y los políticos mentirosos del doble discurso no iban a desaparecer de la noche a la mañana. Pero la única posibilidad de que sucediera alguna vez era que aflorara esa conciencia ciudadana solidaria, nítida y filosa, que convertía la tristeza en sonrisas esa noche.

Después se dijo que era la clase media que había salido a protestar sólo porque le habían metido la mano en el bolsillo. Se dijo que era la misma clase media porteña que no había hecho nada cuando las provincias se caían a pedazos. Se dijo que eran los ahorristas. Se dijeron muchas cosas que suenan a autojustificación de políticos en falta. Lo cierto es que la mayoría de los que estaban esa noche tenía más deudas que ahorros, eran ciudadanos que habían votado a la Alianza porque esperaban un cambio y se sentían estafados. Justamente esa gente había votado por un cambio cuando en las provincias, destrozadas por el modelo, ganaban los caudillos menemistas. El 19 de diciembre de 2001 fue un ejemplo de ejercicio de la democracia y un fuerte empujón para democratizar verdaderamente el sistema político. ■

"Como en todas las elecciones desde hace cinco años, Patricio metió el sobre en la urna. Sonreía, como en todas las elecciones desde hace cinco años, inocente de la boleta que contenía el sobre."

Por Sergio Moreno

Las preguntas de Pato

Retrotraerse 20 años cuando uno tiene 42 impone recorrer quizá la parte más importante de su vida. En 1983 recuperamos la democracia y el autor de esta columna comenzaba su carrera de periodista. Antes, en los años del terror, cuando la extrema juventud mezclaba principios con temeridad, este periodista, que aún no lo era, se había afiliado a un partido político cuya costumbre era mandar a sus militantes, en pleno 1977, a pintar paredes con consignas rebuscadas y, fundamentalmente, largas, largas para escribirlas rápido, de noche, con el temor de que apareciera el patrullero o, lo que implicaba un mismo y terrible destino, un Falcon sin patente.

Una noche cualquiera, nuestro responsable político nos reunió. Dos de nosotros íbamos a pintar y otros dos a hacer "de campana" en las esquinas. Uno de los paredones donde había que estampar la consigna con aerosol era un costado del colegio universitario al cual yo asistía. Un compañero iba a pintar y yo estaría parado al lado de él, mirando a nuestras campanas, dos chicas que coincidieron en la extraña lógica de asistir aquella noche calzadas con zapatos con taco alto, ideales para salir corriendo si hacía falta. La consigna a pintar, recuerdo, era "Por un frente antiimperialista latinoamericano". Mi amigo y camarada pintaba tan rápido, tal era el miedo que teníamos, que no se le veían las manos. Pintamos cuarto paredones, todos con una velocidad envidiable. Nadie nos vio, ni la cana ni la patota aparecieron aquella noche de otoño de 1977. Al día siguiente, a la luz del día, fuimos a ver nuestra faena, entonces comprendimos por qué habíamos hecho tan rápido: no se entendía nada; mi amigo había escrito, parecía, con trazos taquigráficos, que no lo eran. Nos jugamos el pescuezo al cuete.

Recuperar la democracia fue un sueño. Estábamos, quienes no éramos alfonsinistas, tan exultantes como cualquier radical. Eran las épocas del entusiasmo y de la reproducción simpática de algunas gimnasias de los '70: los grandes actos, las manifestaciones, la Plazas llenas, el voluntarismo, y la fiesta popular, recuperar las calles, guardar los documentos en la mesita de luz y no llevarlos encima y prepear a la cana cuando nos lo pedían sin motivo. Taradeces de mozuelo que creía comerse la vida a tarascones; todo estaba preparado para eso. Los levantamientos de Semana Santa, Monte Caseros y, después, de diciembre del '90 nos cambió la perspectiva. Las frustraciones económicas, las leyes de impunidad, las mentiras electorales, apenas fueron compensadas con el juicio a las Juntas. Así era –viene siendo– la democracia argentina; rara, como encendida, y nunca previsible.

El 27 de abril caminaba hacia la Facultad de Derecho con mi hijo mayor, Patricio, de seis años. Iba a cumplir el ritual de votar con él, como hago desde hace cinco años. El año entrante iré, además, con mi otro hijo, Alvaro, de dos años. Patricio, que es el encargado de meter el sobre en la urna, me preguntó:

–¿Por quién vamos a votar?

–Por Fulano –respondí.

–¿Por qué?

–Porque es el mejor de todos, es honesto y está preocupado por los pobres.

–Los pobres son muchos –reflexionó Pato.

–Lamentablemente –dije.

–¿Y Fulano va a hacer que dejen de ser pobres?

–Veremos. Todavía no lo sabemos.

–¿Y si no lo sabemos por qué lo votamos?

–Porque así es la democracia: también es una cuestión de creer.

Patricio me miró sin demasiado convencimiento. A su edad gusta de las definiciones categóricas. Cuando no puede obtenerlas, se queda pensando, callado. Ante su silencio, mientras caminábamos, le conté:

–¿Sabías que había una época en que no podíamos votar?

–¿Por qué?

–Porque gobernaban los militares. Ellos y un grupo de civiles creían que la gente no podía elegir al Presidente. Y tenían las armas, por eso se mantenían en el Gobierno.

–Eran malos –reflexionó Patricio.

–Malísimos –aboné.

–¿Eran nazis?

–Parecidos.

–Con razón.

Como todas las elecciones desde hace cinco años, Patricio metió el voto en la urna. Sonreía, como en todas elecciones desde hace cinco años, inocente de la boleta que contenía el sobre. Con suerte, dentro de unos años él, yo y Alvaro, votaremos cada uno con nuestra boleta. Ya estarán entrenados y serán, quizá, menos inocentes. La democracia estará allí, con suerte mejor de lo que es ahora, más representativa, más justa, con mecanismos más cercanos a la gente. Así y todo, no puedo dejar de alegrarme hasta las lágrimas cada vez que Pato mete el sobre en la urna. ■

Publicado el 03/09/97

Por Juan Ignacio Boido

Corleone presidente

"La mafia, como la lava, viene de abajo, emerge y llega a la cima para derramarse sobre la superficie, pero no con el incontestable propósito de modificar la geografía de la montaña sino todo lo contrario: para petrificarla."

En su último diálogo antes de morir, Vito Corleone le confiesa a su hijo la inconsolable frustración que se lleva a la tumba: "Nos faltó tiempo. Un poco más. Por eso quise que fueras a la universidad. Para que no dependieras de los cerdos que mandan, para que algún día llegaras a ser alguien: senador Corleone, gobernador Corleone". La respuesta de Michael es solemne y perfecta como las tragedias: "Ya vamos a llegar, papá, ya vamos a llegar". El resto de la saga no es más ni menos que la saga de esa obsesión. Y nunca en su ascenso Michael se muestra tan seguro, tan satisfecho, como en ese momento de *El Padrino III* en el que, casi limpio, casi en la cima, casi salvado del oprobio de obedecer, le dice a un sobrino un poco tonto: "Ya no necesito matones, necesito abogados". Lección fundamental: uno llega con matones, pero se mantiene con abogados. La mafia, como la lava, viene de abajo, emerge y llega a la cima para derramarse sobre la superficie, pero no con el incontestable propósito de modificar la geografía de una montaña demasiado escarpada sino todo lo contrario: para petrificarla. Así nacen los linajes.

Pero... Víctima de la misma materia con que están hechos sus sueños,

Por Alan Pauls

El Todo argentino

Publicado el 15/10/01



Créase o no, la democracia argentina cumple 20 años. Créase o no, yo y muchos como yo, nacidos alrededor de 1960, ya podemos decir que "hemos vivido en democracia prácticamente la mitad de nuestras vidas". Algo que dicho en 1980, por ejemplo, hubiera sonado como una fantasía extraterrestre, una infracción escandalosa (y completamente inverosímil) a las reglas más evidentes de la realidad. Y sin embargo yo y muchos como yo seguimos sin poder pronunciar esa constatación de manera desnuda, directa, sin relativizarla con la prudencia, la desconfianza, el sarcasmo o el cinismo de ese par de comillas. Puede, en efecto, que la democracia no sea más que eso: la neurosis hecha régimen político. El ejercicio perpetuo (ya no el padecimiento) de la insuficiencia, la decepción, la insatisfacción, el desencanto. Lo que no es poco –dicen algunos– para un país tan tentado por el éxtasis de la psicosis como la Argentina. Si fuera así, la democracia sería –para esos *borderlines* que somos los argentinos– una suerte de disciplina terapéutica global, encargada de reemplazar la intensidad heroica de los abismos (y sobre todo la necesidad de esa intensidad) por la monotonía más pampeana de una negociación diaria entre partes, hecha de pormenores modestos, siempre al borde del sopor y el burocratismo administrativo pero también, a la vez, siempre previsible.

Puede ser. El problema, claro, es la manera idiosincrática que la Argentina tiene de interpretar, y ejecutar, ese libreto tan tedioso y tan razonable. Quizá para fomentar su prestigio como plaza turística ante los extranjeros, que vienen hasta aquí –hasta la Plaza de Mayo ensangrentada, las fábricas recuperadas, las asambleas barriales, los clubes de trueque, las vidrieras blindadas de los bancos– como quien visita una de las últimas reservas de pasión del mundo, la Argentina se pregunta: ¿por qué elegir una cosa? ¿Por qué quedarnos con la anemia y renunciar a la psicosis? ¿Por qué no tenerlo todo? (Tal vez ése sea el sentido secreto del slogan que arrulló nuestras infancias: "Argentina es un país que lo tiene todo". Todo: la combinación más perfecta de catástrofe y de resignación, de irracionalidad y de conformismo –no "todos los climas, los paisajes y las materias primas", el folleto con el que nos tuvieron engañados durante años.)

> "Quizá para fomentar su prestigio como plaza turística ante los extranjeros que vienen aquí –hasta la Plaza de Mayo ensangrentada, las fábricas recuperadas, las asambleas barriales, los clubes de trueque– como quien visita una de las últimas reservas de pasión del mundo."

Una vez más, el Todo Argentino ha quedado a la vista –intenso y desolador, payasesco y deprimente– con las últimas elecciones presidenciales, un folletín que nos reveló, entre otras cosas, qué puede salir de la cruza telúrica de psicosis y management democrático. Sale... suspenso. Esa triste emoción de telefilm es todo lo que parece depararnos hoy la política. Hay nuevo presidente y no es Menem: en esa patética conclusión de reality show –era tan obvio que el bueno de Kirchner iba a ganar como que el depravado de Menem era la única razón por la que veíamos el programa– descansa todo nuestro entusiasmo. Uno de los pocos entusiasmos que es capaz de producir una democracia que en 20 años sólo contribuyó a expandir tres maquinarias: la maquinaria del mercado (que destituyó a las instituciones públicas), la de los encuestadores (que destituyó todo principio de reflexión) y la de la televisión (que destituyó toda otra forma de narrar nuestra experiencia). Me temo que sólo alguien que milite en alguno de estos tres gremios privilegiados festejará con algún alborozo el próximo 10 de diciembre. ■

Michael Corleone no puede prescindir de los matones. El fin, a veces, no puede prescindir de los medios. Los matones lo hicieron y ahora le exigen su porción. Para eliminarlos necesita matones, no abogados. Donde no hay ley sino lealtad, el abogado es el camino, pero el matón es el atajo. Son los matones, y no los abogados, los que ejecutan: reclutan, aprietan, eliminan. Pero, sobre todo, son la pieza fundamental del tan parco como ineludible sistema de comunicación mediante el que negocian las fuerzas que los empujan: son los mensajeros. No hay mafia sin mensaje. El mensajero nunca llama dos veces. Y *El Padrino*, por supuesto, está lleno de mensajes. Pero no hay mensaje más eficaz que el que llega como el aire, de la nada: el primero de toda la película: el presidente (de un estudio de Hollywood) no quiere otorgar lo que el Padrino quiere. El presidente no negocia y echa al representante del Padrino de su casa. El presidente se va a dormir. A la mañana siguiente, muy temprano, como de la nada, el aire entra levantando las cortinas de la habitación del presidente. El presidente siente algo raro. Se despierta. El presidente siente que tuvo un sueño húmedo. Tantea entre las sábanas. Es húmedo, pero no fue un sueño. El presidente se mira la mano. El presidente ve sangre. El presidente se toca, pero no se encuentra agujeros. El presidente se destapa. Y ahí, reluciente, mensaje rojo y negro sobre sábanas blancas como la rendición, el presidente encuentra la cabeza cortada de su caballo favorito. El mensajero nunca llama dos veces. El presidente tiene abogados, el Padrino tiene matones. El presidente otorga lo que el Padrino quiere.

Quedará por ver si otro puede llegar a presidente sin despertarse un día con las manos de Perón sobre la almohada. ■

Por Rodrigo Fresán

"Así que no me olvido de esos días en que hacía el servicio militar obligatorio. Alfonsín había prometido eliminarlo, había votado a Alfonsín por eso y, ups, ahí estaba cuerpo a tierra durante el primer año de Alfonsín presidente."

Sin adjetivo

¿SE INVESTIGARÁN LOS HECHOS ABERRANTES COMETIDOS POR OFICIALES Y SUBOFICIALES EN LA COLIMBA?
CLARO QUE INVESTIGAREMOS, PERO SINCERAMENTE TENGO MIS SERIAS DUDAS DE QUE ALGUIEN HAYA COMETIDO ACTOS ABERRANTES
¿POR?
Y... EL PRESIDENTE YA LO HABRÍA INDULTADO

Publicado el 19/04/94

Sentir que veinte años (de democracia) no es nada. O sí. En cualquier caso –es más que pertinente apuntarlo– está claro que de lo que aquí se habla, lo que se festeja o se padece, son veinte años de democracia argentina. Y semejante adjetivo –argentina o argentino– tiene por maldita costumbre desequilibrar el karma del sujeto, de la democracia en cuestión. Ya se sabe, se lo repite una y otra vez: la democracia es ese estado social supuestamente más cercano a la perfección, pero –he aquí la letra pequeña del contrato– diseñado por ese animal menos cercano a la perfección conocido como hombre. Así, en nombre de la democracia suelen cometerse los más dictatoriales crímenes.

Escribo esto casi cumpliendo cuarenta años y, entonces, que la mitad de mi vida al día de hoy ha transcurrido entre casas en orden y síganme y –contemplados desde la distancia– corralitos y cacerolas y una vertiginosa sucesión de efímeros mini-presidentes que acabaron consolidando nuestro destino bananero cada vez más lejos de esa utopía europeísta que soñaron nuestros próceres y abuelos. La otra mitad de mi vida –la primera– conoció chispazos democratas igualmente efímeros: Illia (de quien no recuerdo absolutamente nada) y Cámpora-Perón-Isabel-Lopecito, de quienes, por desgracia, recuerdo demasiado.

Y aquí se me pide que recuerde una epifanía democrática. Un equivalente a magdalena proustiana y cívica en estas dos décadas que pasaron y nos pasaron por encima.

De entrada se me ocurren un par. Y poco y nada me sorprende que estén inevitablemente ligadas a lo castrense, a lo poco democrático; porque mi generación creció y se educó dentro de esa dimensión conocida: los malos de uniforme y los buenos de civil. Sencillito.

Así que no me olvido de esos días en que hacía el servicio militar obligatorio. Alfonsín había prometido eliminarlo, había votado a Alfonsín justo por eso y, ups, ahí estaba cuerpo a tierra durante el primer año de Alfonsín presidente, durante la breve primavera alfonsinista, preguntándome qué había pasado y carrera march. Yo escuchando la arenga de ese teniente coronel quien, desesperado, nos aseguraba: "Ahora ustedes son lo único que tenemos, lo que nos queda; así que les vamos a cagar la vida". Y la verdad es que nos la cagaban; pero había algo de gracioso en eso de ser testigo sufrido pero privilegiado de la "tristeza" de esta clase gobernante súbitamente exiliada al pequeño reino de un regimiento.

Tampoco me olvido de Menem –quien, hay que reconocérselo, sí eliminó el servicio militar obligatorio– apuntando los tanques de guerra contra el sublevado edificio del Comando en Jefe del Ejército y disparando plomo y pólvora ante la mirada incrédula de los amotinados que no podían comprender qué había pasado, cómo era posible que el guión de siempre hubiera cambiado tanto y tan de golpe y de estado.

Pero voy a ser sincero: a la hora de recordar las horas más dulces de la democracia, lo que más atesoro y extraño –el reflejo más automático y más sincero al mismo tiempo– tiene que ver con aquel Buenos Aires under y rebelde que nació justo después de la Guerra de Malvinas y se extendió hasta la llegada de las elecciones. En realidad, ya sé, no era la democracia todavía, la democracia aún no había llegado; pero sí era la agonía de una dictadura y ¿habrá algo más sublime y puramente democrático que esas noches donde la democracia se gesta y se la siente acercarse, inmaculada y potente y nueva, rugiendo y riendo a carcajadas desde el horizonte? No lo creo; y en más de una ocasión algún joven argentino menor de treinta años me envidió el haber disfrutado de ese momento único y tal vez perfecto. Tiene razón: a mí también me hubiera molestado no haber estado allí. Recuerdo que todo estaba por hacerse y que todo se deshacía: los malos retrocedían derrotados de regreso a sus cuevas como los Blue Meanies en *Yellow Submarine*; los buenos todavía no habían cometido ninguno de esos catastróficos e incomprensibles e imperdonables errores que suelen cometer los buenos; y la democracia era –en esos resistentes sótanos de la resistencia– una democracia a secas, una democracia teórica sin ninguna de las heridas o la fatiga de materiales de su puesta en práctica. Una democracia a la que todavía le quedaban unos cuantos meses de inocencia y sabiduría. Una democracia sin ese maldito adjetivo de siempre que, enseguida, complica las cosas y nos complica a todos. ■

Por Mario Wainfeld

CHA CHA CHA

Estábamos mirando la tele, mi hijo mayor y yo. "Hora Clave", cuando salía en días de semana. Fue hace ocho o nueve años; Manuel ahora tiene 24. El espectáculo (la denominación es cabal) era una mesa-debate sobre los derechos de los gays. El escenario era Grondona puro: un par de representantes de la CHA (o algo así) y dos trogloditas de derecha de escasa representatividad y enorme agresividad. Pertenezco a ese tramo de público que mira ciertos programas para indignarse, para increpar al televisor, vaya a saber uno si para autoafirmarse o masoquearse. Manuel seguía distraído el debate hasta que la virulencia de los invitados de paleoderecha lo motivó a un comentario, visiblemente más contenido y perplejo que mis imprecaciones al tubo catódico.

–No entiendo cómo puede haber gente que discrimine a los gays.

Comentó y me hizo pensar. Lo primero que le dije fue algo así como una paráfrasis de una vieja broma de Gila.

–A mí me asombra que te asombres.

E intenté explicarle o explicarme. La tolerancia, la no discriminación a los que son diferentes o minoría eran, para mi hijo, parte del paisaje. Para mí, en cambio, se trataba de una adquisición. Y, cabe reconocer, de un esfuerzo personal. Cuando yo era chico, por caso cuando tenía su edad, discriminar a los gay no era monopolio del Opus Dei. Más bien era una suerte de obligación de cualquier hijo de familia. Es más, yo a su edad no sólo no hubiera pensado que era exótico discriminar. Es más, casi no debía tener incorporado el término discriminación... como no fuera referido al antisemitismo. Valores autoritarios, machistas, sectarios eran el menú común de gente como él, treinta años atrás. Y queda claro que yo no me eduqué ni en el Colegio Militar ni en la Rusia de los zares sino en el barrio de Caballito, en la escuela pública, en la UBA.

Mi generación transitó muchas intolerancias, algunas menos recordadas de ordinario que las políticas. La intolerancia al distinto, la represión en materia de costumbres, los límites a la expresividad personal eran feroces, algo que no recordamos tanto cuando memoramos (y a menudo endiosamos) los años locos.

Vayan algunas costumbres que ni por asomo se podían practicar en forma pública y ahora honran, honramos muchos. Besarse las parejas en la calle o en lugares públicos. Comer por la calle (salgo que fueran helados, en lugares *safe*). Besarse entre hombres a modo de saludo. Sentarse en la vereda. Hacer algún gesto que revele amor homosexual. Rebatir argumentos de autoridad. Exigir razonamientos democráticos y autolimitación a quienes ocupan lugares de poder o de prestigio. Exigir debates, cierto tono igualitario, así sea en una mesa armada por Mariano.

Lo que quiero expresar es que, amén de las rutinas electorales, lo que ha venido creciendo es una tendencia a la democratización de la vida cotidiana, al pluralismo, a la tolerancia. Claro, clarísimo, que esos valores no han triunfado como quien gana una guerra de ocupación. Se trata de valores sociales, en permanente tensión y adquisición. Pero mucho se ha avanzado, así fuera en la imposición de ciertas agendas aun a los más intolerantes, incluyendo esos energúmenos de cuya existencia mi hijo se permitía dudar.

Pobres de solemnidad, deprimentes han sido los desempeños de los gobiernos surgidos del voto popular desde el '83, pero bastante se ha avanzado en materia de libertades públicas. Tanto como para que mi hijomayor, que empezó su primaria en democracia, considere naturales conductas que su padre "progre" (si se toma el trabajo de "pasar la película") observa –poniendo entre paréntesis la tendencia al bajón propia de su subcultura– con un alegre asombro. ■

EL CARDENAL QUARRACINO DIJO EN SU PROGRAMA TELEVISIVO QUE A LOS HOMOSEXUALES HABRÍA QUE SEGREGARLOS DEL RESTO DE LA SOCIEDAD
BUENO... ESTO CONFIRMA LO QUE TANTAS VECES DIJO EL PAPA
¿QUÉ COSA?
QUE SE VE CADA BARBARIDAD POR LA TELE

Publicado el 23/09/94

Por Andrea Ferrari

"La última ola de emigración tuvo características inéditas, no sólo por su masividad sino por la precariedad con que muchos la encararon. Decenas de miles se fueron como ilegales, sin trabajo, sin contactos, sin dinero."

Ir y volver



Publicado el 19/01/02

La familia G. vivía en el exterior cuando el país recuperó la democracia. Por entonces, muchos de los que se habían ido con la dictadura armaron sus valijas y su carga de ilusiones y volvieron. Era una época en la que volver era participar de la construcción democrática, compartir ideales. La Argentina, en ese contexto, era un lugar lleno de sueños posibles, por el que valía la pena apostar.

Algunos, claro, no volvieron. Habían armado otros proyectos afuera, familiares y profesionales, y el regreso no cabía. Pero muchos de ellos, como los G., acariciaban la idea: tal vez más adelante, si las cosas se daban... Durante varios años, y pese a los primeros desengaños, el país siguió siendo visto desde afuera como un lugar deseado.

–Si conseguimos un trabajo en lo nuestro, volvemos –decían entonces–. Nos gustaría que los chicos crecieran en el país, junto a nuestra familia, con nuestro idioma.

Pero a los G. las cosas no se les dieron. Siguieron afuera con su carga de nostalgia, vinieron cada tanto de visita y cada vez volvieron a desgarrarse al partir. Los hijos crecieron y dejó de interesarles venir al país, donde no tienen amigos y cuyo idioma hablan con dificultad. En cierto momento, cuando la crisis se profundizó y la emigración empezó a acelerarse, los G. se dijeron con satisfacción que había sido mejor. Pero era una satisfacción agridulce, cargada de tristeza.

A partir del año 2000 y hasta los primeros meses del 2002, la emigración se convirtió en avalancha. Se calcula que en ese tiempo se fueron unas 200 mil personas, multiplicando por diez el ritmo de años anteriores. Eran, fundamentalmente, integrantes de la clase media que veían cómo se caían sus proyectos y hasta su posibilidad de proyectar.

–Estamos pensando en irnos –decía en medio de la crisis el matrimonio M., amigo de los G.–. Sobre todo por los chicos, queremos que crezcan en un país que les dé posibilidades, donde puedan soñar con algo mejor.

M. acababa de perder el trabajo y, aunque seguían sobreviviendo con changas y ahorros, algo se había quebrado. Ya no creía que fuera posible construir acá.

La última ola de emigración tuvo características inéditas, no sólo por su masividad sino por la precariedad con que muchos la encararon. Decenas de miles se fueron como ilegales, sin trabajo, sin contactos, sin dinero. Sólo llevaban la fantasía de un Primer Mundo generoso y se dieron contra la pared.

La mayoría de los que partieron en esas condiciones hoy sienten el sabor del fracaso. Algunos volvieron. Otros, miles de otros, siguen afuera. No tienen medios para volver, no tienen adónde volver o conservan aún la ilusión de un golpe de suerte que cambie su situación y que les devuelva la fantasía de que en algún lado es posible planear un futuro mejor.

Los M. finalmente no se fueron, pero aún mastican la amargura del desempleo y la pérdida de sus proyectos. Cada tanto piensan que tal vez sería mejor probar afuera. Como tantos otros, se sienten un poco estafados y se preguntan dónde quedó aquella fantasía del progreso que este país alguna vez les inculcó. Si algo mejoró en estos años fue que los miles que se fueron no debieron hacerlo para salvar su pellejo. Pero la promesa del crecimiento, aquella famosa frase de Alfonsín –"con la democracia se come, se cura y se educa"– hoy parece un chiste. Más que un chiste, una deuda enorme que saldar. ■

Por Leonardo Moledo

Veinticuatro horas

Salí como siempre mirando a todos lados. Hay que ser cuidadoso en la calle. La verdad, no era complicado lo de hoy. Tenía que fotocopiar los libros y entregarlos en una dirección. Fui hasta el quiosco de la fotopiadora, donde más o menos me conocen. Siempre me dejan fotocopiar a mí mismo, pero esta vez el muchacho del quiosco se me adelantó, agarró los libros y empezó a fotocopiarlos él. Pero miraba cada página, lo cual me ponía nervioso: así no terminábamos más y se me hacía tarde; había salido con tiempo, pero tenía que ser puntual. Me devolvió los libros y las fotocopias con complicidad. Metí todo en la mochila que abultaba y pesaba (sobre todo pesaba) mucho más de lo que yo hubiera querido, enfilé hacia el subte. En la puerta del banco había un par de policías; pero estaban conversando y no prestaban mucha atención a lo que ocurría a su alrededor y los esquivé sin problemas. Ni me miraban, y eso que los libros abultaban bastante.

El subte tardaba demasiado en venir y, como siempre, me ponía nervioso toda esa gente junta, cada uno con su problema, cada uno envuelto en su propio misterio clandestino. Había en el ambiente una solemnidad enervante, como si estuvieran esperando una gran oportunidad. Y yo ahí cargando la mochila con los libros y pensando que tenía que ser puntual. La persona a quien tenía que entregar las cosas no me conocía y yo tampoco a ella; si llegaba tarde a la cita, no me iba a esperar. Pero llegué. Por un pelo, pero llegué. Intercambiamos las cosas, y salí más aliviado; ahora la mochila era una pluma. Eso me puso de buen humor.

Tenía que pasar por el banco, pero me había olvidado los documentos. Pensé en volver a buscarlos, pero al final decidí ir al banco igual, correr el riesgo. Y todo porque estaba de buen humor. Pero cambié a tiempo: era inútil –los cajeros eran estrictos y no iban a cambiar porque yo estuviera de buen humor–, me olvidé del banco –por hoy– y me fui a la facultad. Había bastante gente en el hall, pero subí directamente al Instituto, donde me encontré con unos colegas reunidos que estaban echando pestes contra el director, contra el decano y contra el rector en orden descendente. En algunas cosas tenían razón y en otras no, pero como yo estaba de buen humor por haber llegado a tiempo a la cita y haberme librado de los libros y (sus) respectivas fotocopias, hablé más pestes del decano que todos ellos juntos. Y la verdad es que el decano era un tipo de lo más anodino, pero bueno, yo estaba de buen humor. Después, estuve trabajando hasta que empezó a oscurecer. Esa era la hora, ahí estaba la cosa. Cuando empezaba a oscurecer.

Cayeron unos amigos a cenar; mucha gente reunida –era una complicación, hubo que improvisar algo–; se habló de cine, de libros –pensé en los libros que había cargado a la mañana–, y enseguida pasamos a la política. Empezábamos a hablar en susurros, pero inevitablemente el tono de voz iba in crescendo, hasta alcanzar un cierto nivel, y luego bajaba automáticamente, como si nuestros entrenados oídos tuvieran un sensor que midiera con exactitud el número de decibeles, y un sistema automático que se conectaba con la garganta y bajaba el volumen hasta hacerlo inaudible. Las Madres de Plaza de Mayo, los militares, los desaparecidos, los sensores avisan. Era como un oleaje de sonido que subía y bajaba al compás de la temática, el cansancio de las gargantas y el alerta de los oídos. Los amigos asesinados, los decibeles, el tono de voz que sube y luego baja, los secuestrados, los desaparecidos; siempre alertas. Bajando y subiendo la voz, hasta que con no sé qué tema empezamos a discutir en serio: las voces subieron y subieron, los sensores avisaron y se pusieron en rojo, se agudizaron, pero esta vez la señal desesperada no fue obedecida, y después de insistir tres o cuatro décimas de segundo, los sensores se cansaron, exhaustos y se apagaron para siempre, nos descontrolamos y la discusión derivó en un griterío infernal, que podía escuchar medio edificio.

Al final se fueron. Me recosté contra el fondo sonoro de la ciudad dormida; era un silencio asfixiante, como el que precede a una tormenta brutal. La sirena de una ambulancia que se alejaba parecía hacer más espeso el ambiente. El edificio, también silencioso, parecía un mecanismo dormido, pero alerta, al acecho, tenso con la inopinada tensión de la noche, propensa al desastre y al estropicio. Silencio absoluto, nada. Entonces despertó el gran tubo del ascensor, el enorme animal mecánico se puso en movimiento y se detuvo en mi piso. Las puertas tijera se abrieron. Los pasos de una mujer se retiraron por el pasillo; alguien, a su lado, caminaba en zapatillas. Como todo lo anunciaba, empezó a llover. Me dormía. Qué cosa, pensé. Un día entero sin tener miedo. ■



Publicado el 18/09/97

Por Claudio Uriarte

"El helicóptero, en este plano de la retrospectiva, aparece como metáfora del aborto repetido de un proceso fracasado. Que surge de otro Proceso, que fracasó estrepitosa y sangrientamente también."

El helicóptero



Publicado el 21/12/01

Desde el helicóptero que extrajo a Isabel Perón de la Casa Rosada en 1976 en un golpe de Estado en regla, pasando por el que extirpó de la misma Casa a Fernando de la Rúa en lo que algunos piensan que fue un golpe de Estado blando en el 2001, llegando a un candidato presidencial que este año prometió que no se iría de la Casa Rosada "en helicóptero", y a otro candidato –competitivo con el anterior– que eligió dar una especie de pre-golpe de Estado blando renunciando a su candidatura en la segunda vuelta –para no olvidar a otro que renunció a completar su mandato entre los incendios de los saqueos y de la hiperinflación–, las imágenes más recurrentes que me asaltan de 20 años de democracia argentina son de helicóptero, es decir de fuga indigna –cuyo referente más alto es la evacuación de la embajada estadounidense en Saigón, en 1975–, es decir de fracaso. Podrá parecer una visión sombría, pero la nueva democracia argentina, aun cuando haya sido fundada hace 20 años, me parece toda inquietantemente evocativa de símbolos y premoniciones que ya estaban presentes 27 años atrás, llenos de humo, fuego, caos y muerte. No es la imagen de un triunfo. Y lo peor es que todo viene siempre precedido de grandes expectativas, y –se presume– con las mejores intenciones.

Siempre hay grandes construcciones –el Tercer Movimiento Histórico, la llegada al Primer Mundo, el imperio de la ley y de la transparencia, la ruptura con el neoliberalismo– pero, por una perversa coincidencia, esas construcciones se desploman con un estrépito cada vez mayor: "la casa está en orden", el Punto Final, la Obediencia Debida y el indulto suceden al juicio a las Juntas; la anarquía al Tercer Movimiento; la hiperdesocupación al Primer Mundo; la corrupción y la ineficacia a la anticorrupción y al imperio de la ley; y finalmente, en diciembre del 2001, los muertos de la Plaza y la vertiginosa sucesión de una serie de presidentes de papel, uno más ilegítimo que el otro. Visto con cierto cinismo práctico, esto no sería tan malo si ayudara a generar resultados positivos en algún otro lado: sería, para decirlo en términos hegelianos, una representación de "la astucia de la razón" en operaciones. Pero no existe tal cosa: no hay resultados, no hay ninguna astucia. El helicóptero, en este plano de la retrospectiva, aparece como metáfora del aborto repetido de un proceso fracasado. Que surge de otro Proceso, que fracasó estrepitosa y sangrientamente también. La democracia –y la dictadura que la precedió– como permanencia de una discontinuidad compulsiva. Como la repetición del helicóptero.

El pensador protofascista británico Thomas Carlyle deploró a finales del siglo XVIII que la democracia era "la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan", y también "el caos provisto de urnas electorales"; Borges, en la década del '70 del siglo XX, lo imitó proclamando que era "un abuso de las estadísticas", y deplorando que "América, trabada por la superstición de la democracia, no se decida a ser un imperio" (juzgando por las últimas acciones de la administración Bush, Georgie debería estar ahora menos preocupado). Desde luego, no se trata de descender a estas posiciones para criticar a la democracia sino de entender que la corrupción y el envilecimiento interno de los tres poderes democráticos –con su recurrente desenlace helitransportado– es la antesala de la toma de estas posiciones. Porque, si la república fracasa como tal, ¿cómo contestar a los posibles, futuros –y temibles– epígonos de Carlyle y de Georgie? ■

"Otras lluvias no solamente mojan. Además inundan, ahogan, arrasan, como la de Santa Fe. También allí, a la furia de los elementos se sumó la incuria de los gobernantes democráticamente elegidos."

Por Julio Nudler

Entre Cadícamo y Eladia

Espero el colectivo bajo la lluvia. Otros en las colas de otras líneas están peor que yo porque salieron sin paraguas. Simplemente se empapan. Muchas de las oxidadas chapas que, a pesar de sus agujeros, techaban de algún modo estos largos refugios de Retiro faltan desde hace tiempo, desde que las saquearon. Ningún funcionario de la democracia se ocupó de reparar el daño, aunque las autoridades enteradas deben de estar porque la sustracción fue muy comentada en los diarios, la radio y la televisión. El pavimento de estos refugios tampoco ayuda al confort de la espera. Su antigüedad parece similar a la de las chapas acanaladas: la calculo en 42 años, porque datan de la presidencia de Frondizi. El asfalto de estas hileras de paradas, erosionado por millones de pisadas a lo largo de décadas, ha dejado aflorar unas piedritas puntiagudas que perforan las suelas, ocupadas éstas en esquivar unos pocitos aleatoriamente repartidos. Cuando un taxi o un colectivo pasan velozmente, cerca del cordón, por la calzada también irregular, que deja asomar el antiguo adoquinado entre crostones de asfalto, una tromba de agua grisácea se abalanza sobre la gente de las filas que, hasta los huesos calados y helados, responde con insultos. Alzando la vista, detrás de la Torre de los Ingleses se ve la mole impertérrita, extraterritorial del Sheraton, y se intuyen sus alfombras, sus bronces y quizá los ojos curiosos de algunos viajeros, que desde las ventanas contemplarán a estos argentinos que soportan embotadamente la lluvia. Alguno de ellos quizás intuya, a partir de esta melancólica escena, esquicio de una absurda comedia dramática, el extraño carácter de nuestra democracia, en la que los representantes del pueblo no se sienten comprometidos con el bienestar de sus representados ni les rinden cuentas. Hacer política es siempre otra cosa. Es luchar cotidianamente por los espacios de poder, es estar en los medios, comprar voluntades de todas las maneras posibles con los recursos del Estado, y mentir y salir del paso como un ejercicio diario.

Tras veinte años de democracia, esto es la democracia en la Argentina, aunque cualquiera suponga que debería ser otra cosa. Si lo fuera, una mayoría de argentinos no estaría hundida en la pobreza, la degradación, la ignorancia. No hay otra razón para este estrepitoso fracaso sino el mal funcionamiento de la democracia, con Alfonsín, con Menem, con De la Rúa, con los peronistas, los radicales, los frepasistas, los impunes caudillos de las provincias. Pero en un país tan castigado por sucesivas dictaduras militares, que fueron del ridículo a la aberración, suena peligroso criticar a la democracia. Aunque no hacerlo sería como abstenerse de condenar a Saddam Hussein o a Fidel Castro porque de esa condena podría deducirse un respaldo al imperialismo estadounidense. Sólo que en este caso hay una diferencia: sin Saddam hay Irak y sin Fidel habrá Cuba, pero es inconcebible una Argentina sin democracia. La única alternativa es transformarla.

Otras lluvias, para volver al agua, no solamente mojan. Además inundan, ahogan, arrasan, como la de Santa Fe. También allí, a la furia de los elementos se sumó la incuria de los gobernantes democráticamente electos. Quizá deba aspirarse a que la democracia aporte algo más transformador de la sociedad que unas chapas o unas obras hídricas. Pero, mientras tanto, ¿no podrá empezar por las cosas más sencillas, como diría Eladia? ■

Nota bene: Este comentario fue escrito el viernes 16. Pocos días después, las chapas robadas empezaron a ser sustituidas por otras similares, igual de protectoras y deprimentes. La democracia está a salvo.



Publicado el 19/03/94

Por Raúl Kollmann

"Sin darse cuenta, la democracia argentina ya tiene, seguro, más de cien Martinas: hijos, nietos y hasta bisnietos de quienes fueron víctimas de los atentados de la Embajada y de la AMIA."

Martina y su bisabuela



Publicado el 10/12/95

Me da bronca que nunca se haya detenido a nadie por el atentado. Pero Dios va a buscar a quien tenga que buscar." La voz tímida, pero firme, pertenece a Martina Mustafá, 15 años, la bisnieta de Mausi Meyer Freis, que murió en el atentado contra la Embajada de Israel. "Soy la tercera generación que reclama por justicia –la de mi abuela, que era hija de mi bisabuela, la de mi mamá y la mía– y en esa pelea estamos todos los primos. Algunos como yo, que tengo origen islámico porque mi papá es islámico, pero otros primos de mi familia tienen origen católico y hay uno de origen judío." Como un primer paso, Martina aceptó hablar en el reciente acto de homenaje a las víctimas del ataque, a once años de aquel 17 de marzo de 1992: "Lo hice pensando en mi abuela, la hija de Mausi, pero también por todos nosotros, para que se haga justicia".

Mausi tenía 76 años. Los había cumplido el 14 de marzo, apenas tres días antes del atentado. Vivía en el pensionado que quedaba en la calle Arroyo, justito frente a la Embajada. Ese mediodía la bomba arrasó con todo, con el colegio católico de al lado, el pensionado para la tercera edad y los demás edificios de la cuadra.

"Me acuerdo poco de mi bisabuela. Cuando fue lo del atentado, yo tenía entre cuatro y cinco años –se esfuerza Martina–. A veces no sé si el rostro que se me aparece es el que yo recuerdo o es el de la foto que hay acá en mi casa. Lo único que sí tengo firme en la memoria es aquel día en que me regaló un disfraz que ella misma hizo. Era de campesina holandesa o alemana. Yo era muy chiquita, pero eso me quedó grabado."

"A finales del año pasado, mi abuela fue por primera vez a una reunión de los familiares de quienes habían muerto en el atentado. Ella les propuso participar de la organización del acto-aniversario y efectivamente este año participó. En esas reuniones de familiares propusieron convocar a los jóvenes, para que nosotros también asumamos un compromiso con la memoria de los que murieron aquella vez. Y yo, que casi no había leído nada sobre el atentado, decidí aceptar esa posta. Nunca había ido a un acto, menos todavía había hablado ante gente, pero sentí que era el momento de hacerlo: por mi bisabuela, especialmente por mi abuela, por todos."

"No, no me acuerdo cómo me contaron la forma en que la mataron a Mausi. Estoy segura de que no lo leí después sino de que ya el primer día me dijeron todo como fue. Lo que pasa es que, con lo chiquita que era, es lógico que no haya entendido mucho. Igual, tengo la sensación de que siempre supe cómo fueron las cosas. Y ahora, con mis primos, que tienen edades parecidas a mis quince años, compartimos mucho, el colegio, el club y también esta historia familiar. No hablé en el acto para decir unas palabras y después borrarme. Voy a seguir participando."

Sin darse cuenta, la democracia argentina ya tiene, seguro, más de cien Martinas: hijos, nietos y hasta bisnietos de quienes fueron víctimas de las masacres de la Embajada y la AMIA. En el caso de la Embajada, nunca hubo un detenido, ni siquiera un sospechoso de perpetrar el atentado. En el caso AMIA, hay un juicio oral en marcha, con final dudoso, y una serie de órdenes de captura aún más dudosas circulando por algunos escritorios de la burocracia internacional. En los despachos oficiales ya se imaginan el punto final, el cierre de las dos causas. Pero la esperanza está puesta en los familiares y en esa legión renovada de Martinas, los únicos que le plantan batalla al olvido. ■

"No conocen el sonido de la máquina de escribir. Puede que nunca hayan visto 'Plaza Sésamo', 'El Zorro', 'Robotech' y, si son hombres, no entenderán que Marcelo Tinelli y Mauro Viale son en realidad relatores de fútbol de Canal 9."

Por Alfredo Zaiat

235 meses

Será que los números redondos convocan a la nostalgia, al recuerdo melancólico de lo que fue o no pudo ser. De lo bueno y lo malo que pasó o hubiera pasado en ese período que termina en cero. Como en muchos de esos consensos inexplicables, diez, veinte y ni decir de cien años se presentan como más importantes que cualquiera de los otros años que va de un cero a otro. Lo que se dice, una injusticia. La democracia cumple 20 años, en realidad va por los 19 años y 7 meses. O sea, que cumple 235 meses. ¿A quién seduce, a quién conmueve el número 235? Y ni qué hablar de que esos meses, días más días menos, equivalen a 7191 días, calculando los de 31 días y sin olvidar los febreros de año bisiesto. Cada una de esas jornadas sumadas totaliza 172.584 horas. En lugar del número que conmueve terminado en cero, ¿cómo sería la convocatoria a recordar las 172.584 horas de democracia?

Un mail, de esos que circulan por cadena sin saber el origen, enviado por un compañero de la secundaria recuerda que muchos de los jóvenes, camino ya a la adultez, sólo vivieron en democracia. Y se pregunta ¿será que nos estamos poniendo viejos? Para luego enumerar todo lo que se perdieron o ignoran esos pibes por tener la "suerte" de vivir en esas 172 mil y algunas horas más sólo en democracia.

Para ellos, por ejemplo, ha existido el mismo Papa que ha durado toda la vida. Nunca cantaron "We Are the World, We Are the Children" y cuando García Márquez ganó el Nobel ni siquiera sabían leer. Tenían ocho años cuando la Unión Soviética se desintegró. No se acuerdan de la Guerra Fría y conocen una sola Alemania, aunque en el colegio les hayan contado que hubo dos. Y son demasiado jóvenes para acordarse de la explosión del transbordador espacial "Challenger".

No alcanzaron a jugar con el Atari y ni idea qué era la Comodore 64. No conocen qué significa grabar un cassette de lentos. "Star-Wars" se les hace bastante falso, y los efectos especiales les parecen patéticos. Muchos de ellos no saben, o no recuerdan, que los televisores sólo tenían 12 canales y una "U" de metal arriba, y se cambiaban con perilla; más aún, incluso algunos no han visto nunca un televisor en blanco y negro, no pueden explicarse siquiera lo que es ver la tele sin un control remoto.

No conocen el sonido de la máquina de escribir. Puede que nunca hayan visto "Plaza Sésamo", "El Zorro", "Robotech" y, si son hombres, no entenderán que Marcelo Tinelli y Mauro Viale son en realidad relatores de fútbol de Canal 9. Jamás bailaron Technotronic y Locomía. Están seguros de que Michael Jackson siempre ha sido blanco... y cómo van a creer que Travolta pudo bailar con esa panza.

Nunca oyeron hablar del fenómeno de Tatú o escucharon "Abuelito dime tú" de Heidi. No recuerdan quién era la "Mujer Maravilla" y no entienden que el verdadero Batman tenía un traje gris supergay y que no mataba ni una mosca. Tampoco recuerdan quién era "KIT, el auto fantástico" o el "General Lee de los Dukes de Hazard" y creen que "El crucero del amor" sale de Miami cargado de lunamieleros, que los "Angeles de Charlie" es un "estreno" cinematográfico y cuando se les habla de "CHIPs" pensarán en las papas para acompañar el almuerzo en lugar del capo de "Poncharello".

Aquellos que no tienen ni idea de todo lo anterior mencionado vivieron 172.584 horas en democracia, varios entraron a la universidad hace dos años y son el símbolo de una generación record por el prolongado período sin botas en la Casa Rosada. ■

Por Andrés Osojnik

Los padrinos

El maravilloso 071 me hizo salvar de la colimba, aunque mucho antes de que me llegara el turno del sorteo yo ya había aprendido a marchar, a pararme fir-mes y a dar media vuelta izquierda izquier. Fue en la secundaria, una escuela técnica cuya especialización estrella era aeronáutica. Era la por entonces Escuela Nacional de Educación Técnica Nº 1 de Haedo, Jorge Newbery. La dirigía un ex militar y lo hacía a tono con la época, con el estilo de los cuarteles. Yo ingresé un año después del triunfalismo mundialista y en ella aprendí eso de los argentinos derechos y humanos leyendo las cartas de salutación que cada 24 de mayo –día del aniversario de la escuela– mandaba el almirante Armando Lambruschini.

Ovidio Gené, el director, murió al poco tiempo. El espíritu militarista quedó apaciguado, pero siempre presente en el reglamento de la escuela, que ordenaba la media americana como corte de pelo, la prohibición de juntarse en la puerta de entrada y hasta de conversar de temas colegiales en el colectivo "porque esos comentarios no suelen reflejar con objetividad lo que sucede en la escuela". Así estaba escrito, palabras más, palabras menos, en las normas distribuidas entre alumnos y padres.

La que férreamente se mantuvo en pie fue la costumbre de invitar a los padrinos de la escuela al doble festejo del 25 de Mayo, el patrio y el propio. Padrinos que obviamente vestían uniforme. De gala y con las mejores medallas que podían ostentar. La entrada de los militares solía ser el momento más rígido, en el que los 1200 alumnos estábamos cuadrados y en riguroso silencio para recibir a la ilustre visita.

La costumbre se mantuvo y avanzó por sobre la democracia. Aunque para entonces también en la escuela algo había cambiado. Como sucedía en casi todos los colegios, habíamos armado el centro de estudiantes y hasta habíamos empapelado las pulcras paredes con la campaña de las distintas listas, mientras observábamos divertidos el desconcierto de los directivos que no sabían cómo manejar la avalancha democrática.

Tan desorientados estaban que, efectivamente, mantuvieron el reflejo de la invitación a los padrinos. Fue para el 25 de Mayo de 1984, con los 1200 alumnos ya no cuadrados ni firmes, pero sí formados para la ocasión, que volvieron a entrar, siempre de uniforme, siempre de gala. Entonces sucedió. No hubo un chiflido tímido iniciador. Fueron 1200 adolescentes que después de años de izquierda izquier encontraron su propia forma de recuperar la democracia. Los larguísimos minutos de silbatina generalizada, el estoico rictus militar de los padrinos y el pavor de las autoridades marcaron el nuevo escenario que se empezaba a vivir en el Newbery.

El director me citó al día siguiente para que, como presidente del centro de estudiantes, enviara un desagravio a los padrinos. Antes, mucho antes que eso, alguien debería habernos desagraviado a nosotros.

Veinte años después, el colegio mantiene su nombre, aunque ahora es la provincializada Escuela de Educación Técnica Nº 8 de La Matanza. Es posible que sus alumnos desconozcan aquel episodio. Es posible que si alguien se los cuenta se sorprendan. Que no terminen de entender cómo alguna vez allí mismo se amonestara por llevar el pelo algo más largo que la media americana (a mí me tocaron cinco de esas amonestaciones). O que les parezca descabellado saber que si a uno se le rompían los zapatos se quedaba sin ir a la escuela porque estaba prohibido entrar en zapatillas. O que no comprendan cómo fue posible que Marcelo Planes muriera en Malvinas cuando apenas había terminado sexto año. Es bueno que tanto absurdo sea una realidad inimaginable en su universo. Es bueno también que lo conozcan. ■



Por Sergio Kiernan

Pibes de la democracia

"En realidad, lo que los hijos de la democracia no se creen son ciertos macaneos que formatearon a las generaciones anteriores, como que la política es íntimamente importante. ¿Cuánto hace que nadie encara a una chica preguntando 'dónde militás'?"

Veinte años sin militares significa una generación enterita que nació sin ver uniformes en el poder. Significa que las proclamas golpistas son algo que se vio en la secundaria, como parte de una materia. Que la colimba y la censura son una mala anécdota de jovatos, que no hace falta hacer las cuentas que hacemos los nacidos con Frondizi, para saber cuándo cumplimos más años de vida bajo gobierno civil que bajo gobierno militar.

Conozco un pibe así, hijo de amigos, un chico cualquiera de esta generación. Va para los veinte, hace la facultad como puede, tiene la mirada todavía limpia, trabaja y curte esa austeridad cool que se inventaron como moda a fuerza de ganar dos mangos.

Estos pibes son tan raros y tan previsibles como son siempre los pibes. Por un lado creen que inventaron el mundo y que los anteriores somos vagamente sospechosos. Por el otro, suenan como viejos por algo que, a nuestros oídos, suena a cinismo. Es lo que neurotiza y enoja a los maduros biempensantes: la frase oficial es que los chicos "no creen en utopías".

En realidad, lo que los hijos de la democracia no se creen son ciertos macaneos que formatearon la vida de las generaciones anteriores. No creen que la política sea tan íntimamente importante, no creen que la militancia sea el destino de la evolución humana, el eje de la existencia y el molde de la identidad propia. ¿Hace cuánto que nadie encara a una chica con la pregunta de dónde militás?

Los biempensantes neurotizados califican esto de frivolidad y menean la cabeza ante el lavado de cabeza que recibieron las nuevas generaciones, seguramente producto de la represión cultural de la dictadura. Eso es hacer pis errando al proverbial tarro. Los chicos de hoy no son frívolos. De hecho, enfrentan una realidad mucho más dura de la que enfrentaron sus críticos a esa edad: padres quebrados y arrasados por la interminable crisis, una pobreza avasallante acompañada de colegios destruidos y calles peligrosas, una desesperanza desorientada que se compone de historias individuales –en la familia, entre los amigos, en los diarios– siempre tristes y humillantes.

Estos son pibes que reinventaron los oficios para hacerse una vida. Quieren ser cocineros u hoteleros, profesiones que en mis tiempos eran proletarias, y viven de un modo filosóficamente gasolero, el estoicismo del que no se anima a tener una vida que cueste más de dos mangos para evitarse la desilusión, el quebranto. Entrar al mundo del trabajo solía ser la primera puerta a la adultez, la independencia. Hoy son trescientos mangos y dame las gracias.

Parados en esa realidad, es muy difícil que los pibes de la democracia se den el lujo de creerse la línea San Martín-Rosas-Perón, la conspiración nazi-nipo-fascista-peronista y otras lindezas por el estilo. Les garúa el tercer movimiento histórico y creen que el antidühring es algo para la presión. En esta película acelerada que es la política argentina, vieron desfondarse al radicalismo, hundirse al peronismo, levantarse a la corrupción corporativa, todo con la música de fondo del pataleo de izquierda, un coro anómico. Su mundo es uno de incertezas, violencia moral y vale todo. Su sabiduría es no comprar las recetas abarcativas, absolutas y moralmente ciertas que tantas pavadas sangrientas nos causaron. Son los acreedores de la quiebra del macaneo político argentino.

No son un mal producto estos chicos que cumplen veinte años, creen en los derechos humanos y ni pueden concebir bancarse el autoritarismo que nos inventó a nosotros. Dan gusto de tan concretos, tan idealistas para lo que cuenta, tan realistas. Y si son clientes exigentes, no se queje: nosotros los creamos. ■



Publicado el 22/12/94

Por Hugo Soriani

"Ahora Lucía está sentada en un banco del Parque Centenario y acaricia la foto que le dio Estela en la sede de Abuelas. La foto está ajada, amarilla, pero se nota bien la cara retratada: pelo lacio, mirada suave y un lunar en la mejilla derecha. Dicen que es igualita a ella, eso dicen."

La identidad por el teatro

Lucía se acaricia el lunar de su mejilla derecha. Está tirada en la cama con la mirada fija en el techo y ya no siente ganas de adivinarles formas a las manchas de humedad. "Vuela esta canción para ti, Lucía", canta Serrat desde su mesita de luz, pero esta vez siente que el tema no fue escrito para ella. Debe haber otra Lucía en algún otro lado capaz de inspirar esos versos. ¿O será acaso que ella no es Lucía?

Acaba de venir del teatro; de chica siempre le gustó el teatro y ahora, casi con 26 años, sigue fantaseando con algún personaje de los que representaba en el colegio o en el cumpleaños de alguna amiga.

Ponerse en la piel de otro, vestirse y pintarse, hablar y llorar. Era difícil, sobre todo llorar, justo a ella que le costaban las lágrimas aun con los dolores más fuertes. Lucía piensa que fue eso lo que le hizo abandonar la idea: no poder llorar. No existe una actriz que no sepa llorar bien, con lágrimas en serio y capaz de convencer a todos de una pena tan profunda.

Lucía se toca el lunar de su mejilla derecha. Ya no tiene la vista en las manchas de humedad. Ahora está de costado y acaba de sacar el compact. Hace dos años que vive sola y puede hacer lo que quiere, como ahora, que son las dos de la mañana y acaba de llegar del teatro.

El último año con sus viejos fue el más duro, buena gente los viejos, pero celosos y autoritarios. Muchas veces tuvo que mentirles para justificar una llegada tarde, el llamado de algún novio, o la marca de un beso que no quería borrarse de su cuello.

Si no hubiera sido por ese curso con el que se enganchó en el Rojas ni se hubiera enterado. Pero vio los afiches y los nombres que le sonaban familiares: Daniel Fanego, Valentina Bassi, Patricia Zangaro, Cristina Fridman, Manuel Callau. Y no se la quiso perder: *A propósito de la duda*, se llamaba la obra y ella aún no adivinaba que sería la primera del ciclo Teatro por la Identidad.

De esa vez recuerda el ruido de los helicópteros en escena, los diálogos formados con testimonios de hijos, nietos, Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, recuerda las remeras blancas estampadas de las actrices: "Prisión a los asesinos", "Justicia y castigo" decían algunas. Pero sobre todo Lucía recuerda la murga del final con todos saltando y repitiendo a un solo compás: "...¿Y vos sabés quién sos...?".

A Lucía, casi tres años después y mientras se toca el lunar de su mejilla derecha, ese estribillo le sigue martillando la cabeza: "¿Vos sabés quién sos?".

Cada lunes durante dos años Lucía hizo colas que ocupaban toda la cuadra, como las que se armaban en los conciertos de rock o para escuchar a Dolina en el Tortoni. Conoció gente, se hizo amigos nuevos y fue encontrando una identidad con ellos. El "vos sabés quién sos" empezaba a cobrar forma desde la sospecha de ser otro.

Junto a ellos fue a las marchas y conoció las quince salas que se fueron agregando cuando al ciclo se sumaron directores, coreógrafos, técnicos, autores y productores. ¿Qué hubiera dicho su padre? Nada bueno, seguro, o nada. Porque su padre murió sin contestar ninguna de sus preguntas, murió callado. A su madre era inútil preguntarle: ella lloraba para no hablar. Lloraba como Lucía no había podido hacerlo nunca.

Marcela Ferradás, Vita Escardó, Leonor Manso, Luis Rivera López... Lucía podía recitar cada parte de sus intervenciones y la carta de Mariana Eva Pérez de memoria. Mariana ya sabía que era Mariana y le decía a ella, a ella y a los demás: "No te quedés a mitad de camino. No te quedés con la duda".

Ahora Lucía está sentada en un banco del Parque Centenario y acaricia la foto que le dio Estela en la sede de Abuelas. La foto está ajada, amarilla, pero se nota bien la cara retratada: pelo lacio, mirada suave y un lunar en la mejilla derecha. Dicen que es igualita a ella, eso dicen.

Anoche, Lucía decidió lo que antes 70 de sus compañeros y espera que se haga la hora sentada en un banco de ese parque donde alguna tarde anduvo en bicicleta.

Es sólo un pinchazo, piensa Lucía, y sus amigos le dijeron que no duele nada.

"No duele nada, no duele nada", repite mientras cruza la avenida Díaz Vélez y entra en el hospital Durand. No duele nada y ella, además, nunca supo llorar. ■



Publicado el 26/06/87



Por Juan Forn

"Lo que admiro de León Gieco es el modo en que combinó coherencia y evolución a lo largo de todos estos años, la urdimbre de ese desarrollo en el que libertad y responsabilidad no son términos antagónicos sino complementarios."

El León interior

En una de las tantas encuestas a famosos previas a las elecciones, David Lebón contestó que lo que a él le gustaría era que León Gieco fuese el presidente. La simpática boutade-homenaje de Lebón hizo sinapsis en mi cabeza con una de esas sensaciones que uno arrastra sin saberlo en su interior hasta que alguien la verbaliza y nos la pone frente a los ojos. Hacía un tiempo largo que las apariciones de Gieco con las que me topaba (disco nuevo, conciertos que transmitían por tele o que tenía la suerte de ver en vivo, reportajes, premios, intervenciones suyas en actos públicos de la más variada naturaleza) no sólo captaban al toque mi interés sino que me dejaban pensando un buen rato, y creo que recién cuando leí lo de Lebón terminé de entender por qué.

Las sucesivas Argentinas en que León y nosotros hemos vivido, desde que el tipo vino de Cañada Rosquín a Buenos Aires, con su guitarrita, a fines de los '60, atentan contra todo anhelo de coherencia. León apareció públicamente en un ambiente que era el que yo y unos cuantos como yo (más jóvenes que él) habíamos elegido como lugar de pertenencia: el rock. Que en realidad era algo más amplio, algo que hoy podría definirse como cultura rock: una versión más blanda y más individualista de la cultura de la revolución, aquella que llevó a la militancia política y armada a tantos tipos apenas unos años mayores a nosotros (no es casual que la escena del rock haya sufrido muchas menos víctimas durante la dictadura que los demás ambientes juveniles libertarios de la época). Aunque hiciera folk, León venía evidentemente de ahí. Pero cuando el rock explotó a partir de Malvinas, y cuando el signo de los tiempos se fue desideologizando progresivamente, a lo largo de los '80 y los '90, el tipo pareció ir cada vez más a contracorriente, como identificándose con algo que parecía ser más el pasado que el presente (y ni hablemos del futuro), musical y hasta existencialmente. Es de lo más sugestivo que lo hayamos visto así (y digo *hayamos* porque es algo que he hablado con bastante gente de mi generación) durante tanto tiempo, y creo que el Malentendido León es un aspecto quizá pequeño, pero de lo más elocuente de la Gran Necedad Argentina a la hora de la valoración de lo propio (y por propio léase desde el rock hasta la democracia, es decir el país).

Lo que admiro de León Gieco es el modo en que combinó coherencia y evolución en todos estos años, la urdimbre de ese desarrollo donde libertad y responsabilidad no son términos antagónicos sino complementarios. En el terreno musical, por ese aparente éxodo suyo hacia el folklore (o hacia "el interior", o hacia "lo psicobolche") que, visto desde acá, le permitió desarrollar el aspecto letrístico como casi nadie más (tanto en el folklore como en el rock de todos estos años) y conseguir para esa notable potencia expresiva no sólo un perfecto sonido eléctrico (patrimonio histórico del rock) sino un fraseo que es a la vez hip-hopero y rabiosamente argentino (no porteño sino argentino). Y, en el aspecto existencial, no sólo por su impenitente toma de partido por las causas justas sino también por el envidiable equilibrio entre lo individual y lo social en su carrera como artista. Al mirar panorámicamente la Argentina de todos estos años, hay pocos tipos cuyo itinerario sea tan ejemplar (sin aspirar en ningún momento a ser modélico, a juntar votos, a vendernos nada), tan irreprochable y a la vez tan comprometido con las contradicciones que nos plantearon todos estos años. Seguramente a eso se debe el unánime reconocimiento que tiene hoy, en el palo del rock y en la izquierda, entre los porteños y en el interior, entre los jóvenes de ayer y los de hoy. Y seguramente a eso aludía David Lebón en aquella encuesta. Para muchos, Gieco encarna lo mejor de la cultura rock y lo mejor de la cultura de la revolución, el modo en que pueden combinarse fructíferamente la idea de libertad y la de responsabilidad, la coherencia y la evolución. Ni siquiera me jode que le siga gustando cantar con Víctor Heredia: en todo caso, eso sirve para demostrar que nadie es perfecto. Y ésa es la última cosa que me gusta de él: que ni se crea ni sea perfecto. ■



Publicado el 04/02/94

Por Susana Viau

Madres

Oscurecido por las anécdotas de la política, muy pocos –y entre los muy pocos este diario– lo registraron como un acontecimiento singular. Parecía un anuncio de nuevos aires. Era así, y sin embargo anclaba en antiguos ideales. Un puñado de amas de casa a las que la desgracia llenó de sabiduría materializaba un sueño, soñado un siglo antes por miles de hombres, en su mayoría obreros inmigrantes e hijos de inmigrantes. Hebe, Elsa, Juanita, Porota, Beba, Tota, María del Carmen, Elvira, Cota, Elisa, Susana, Chela, Marta habían entendido igual que ellos, por impotencia, que no alcanza con tener la verdad: hay que saber explicarla; que las ideas políticas forman parte de una cultura y esa cultura no es sólo la posesión de banderas, himnos y liturgias. Es también, y sobre todo, el dominio de los instrumentos que permiten enfrentar la realidad, hacerla primero inteligible y transformarla después; es la reapropiación de las grandes obras de la humanidad por una parte de esa humanidad a la que siempre (a veces con más iniquidad, a veces con menos) se le ha sustraído, junto a la cuota de salario no pagado, la posibilidad del conocimiento.

En el 2000 Argentina recibía de lleno el efecto de una de esas épocas feroces en las que los lugares de concentración del saber dejan de ser públicos porque el concepto de lo público está en agonía; para muchos la escuela se había convertido en una dificultad, los colegios secundarios en una frustración y la universidad en una quimera. En medio del derrumbe, las Madres decidieron que la quimera era posible y el 6 de abril abrieron la Universidad Popular. En los tres años que pasaron desde entonces, una oleada de entre 900 y 1000 alumnos se anotó en cada nuevo curso. Llegaban de José C. Paz, de La Matanza, de Morón, eran jóvenes y adultos, desocupados con necesidades recién descubiertas y trabajadores con viejas esperanzas incumplidas. La mayoría ignoraba que al inscribirse en los registros se estaba inscribiendo también en una tradición, la que enseña que las grandes convulsiones sociales mantienen una articulación íntima con quienes han iluminado con la razón lo que, sin ella, no sería sino –al decir de Mao– "un gran desorden bajo los cielos", con los artistas que han emocionado a los pueblos describiendo sus miserias o han hecho por un rato más bello el mundo en que les toca vivir.

La vanguardia del bolchevismo leía con la misma pasión que a Marx a Chejov y Tolstoi; el constructor del Ejército Rojo escribía sobre el arte y la literatura en el camarote del tren con que recorría el frente y así alcanzaba la serenidad que le permitía mantener el corazón caliente y la cabeza fría. Los parisienses insurreccionados en 1789 reclamaron para sí, porque era su derecho, el cadáver de Voltaire, "el Moisés de la incredulidad", para depositarlo en el Panteón. Los alumnos de los colegios, contó Lamartine, los obreros de las imprentas, los trabajadores de la demolición de la Bastilla formaron parte del cortejo compacto y solemne

Por Carlos Polimeni

"Nos quedamos mirándolo desde cuatro o cinco metros, mientras hacíamos como que nos interesaban las revistas del kiosco o las chicas que pasaban con blusas de bambula. Ya se sabe, uno admira a un escritor en silencio, y a relativa distancia, sin invadirlo."

La despedida de Cortázar

Julio Cortázar estaba recostado contra una columna, mirando la lontananza, como un vigía oteando el mar, sólo que en Corrientes, casi Montevideo, una noche de aquel diciembre en que parecía que todo estaba por empezar. Pasé apurado, con mi carterita de periodista de principios de los '80 en la sobaquera, pero lo miré unos segundos de más, con curiosidad, sin que él lo advirtiera. Llegaba tarde a la cita con un amigo, y que Cortázar estuviese mirando la nada desde su altura considerable era algo notable pero no taaaaaaan anormal, como parece ahora veinte años más tarde. Mi amigo Nene Avalos –el grandote de Marka– estaba sentado a una mesa cercana a la puerta más chica de La Paz, rodeado de pulóveres peruanos y poleras negras. Le dije como al pasar que Cortázar estaba parado unos metros más allá. Vamos, me dijo.

Nos quedamos mirándolo desde cuatro o cinco metros, mientras hacíamos como que nos interesaban las revistas del kiosco o las chicas que pasaban con blusas de bambula. Ya se sabe, uno admira a un escritor en silencio, y a relativa distancia, sin invadirlo. A un escritor no se le piden autógrafos, como a un futbolista o a un ídolo pop: no hay histeria en la admiración sino un código respetuoso. Como Cortázar no dejaba de mirar hacia allá, hacia el Obelisco, como si nada le importase más, mientras ostensiblemente olfateaba el aire una y otra vez, como si estuviese muy resfriado o quisiera llevarse para siempre el olor de ese momento, nos quedamos esperando. No teníamos nada mejor que hacer hasta la hora de cenar. Un ratito después, escuchamos las voces, que venían desde allá, y bajando de la vereda a la calle, supimos qué miraba Cortázar.

Una gigantesca marcha, que se desplegaba a contramano por Corrientes, acompañaba, y parecía presentar en sociedad, la salida de la cárcel de un grupo de presos políticos. "Los vi venir, y se me cayó la mente al piso", me diría horas después el grandulón de mi amigo, comiendo en un restaurante en el que Alberto Olmedo parecía querer matar a todo el mundo con la mirada. Era asombroso, en aquella ciudad que venía de siete años de dictadura, ver el festejo de miles de personas encolumnadas detrás de docenas de banderas, mientras la policía cortaba el tránsito para dejarlas pasar. Cortázar disfrutaba del espectáculo con su cara aniñada conmovida y exultante, uno más en la vereda de un país en el que era a la vez famoso y extraño. La acción siguió así, por varios minutos –Cortázar mirando la marcha, nosotros mirando cómo Cortázar miraba la marcha– hasta que la multitud llegó hasta sus barbas. Alguien lo reconoció, y aquella gente alegre se detuvo, giró y se quedó mirándolo a él, gritándole vivas y bravos. Cortázar caminó muy erguido hacia la cabecera de la marcha, habló unos minutos a los gritos con los que tenían la fortuna de alinearse en las primeras filas, y en lugar de volver a su posición de vigía se puso al frente de la marcha y se perdió rumbo a Callao. Nosotros volvimos a tomar café.

Fue mucho tiempo después que supimos que Cortázar había venido a Buenos Aires en aquel diciembre de 1983 ilusionado con la posibilidad de una entrevista con el flamante presidente Raúl Alfonsín y que se quedó esperando una invitación formal, que nunca llegó. Los asesores del presidente le susurraron al oído que era muy de izquierda hablar con el autor de *Rayuela*, "Casa tomada" y "El perseguidor". Cortázar se murió en febrero del año siguiente, en París, un día en que Buenos Aires se llenó sorpresivamente, contaron los diarios, de mariposas gigantescas de procedencia inexplicable. Aquel diciembre había sido su despedida de la ciudad, pero nadie lo sabía. Ni siquiera él. El presidente Alfonsín todavía repetía sus slogans de campaña: con la democracia se come, se cura y se educa. Han pasado veinte años y nada es como entonces, salvo la ilusión. ■

educando

"Su sola existencia cuestiona el contenido reaccionario y antidemocrático de aquello que mandaba 'de casa al trabajo y del trabajo a casa', porque no hay democracia donde el acceso al conocimiento es un bien de minorías."

que honró la lucha "de una vida contra dieciocho siglos". El pueblo de París armado de picas y con el gorro frigio depositó el cuerpo de Voltaire entre los de Descartes y Mirabeau, porque era el "genio intermediario entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción". El proyecto de la Universidad de las Madres apuntaba a la búsqueda de ese binomio perfecto, a la posibilidad de cumplimiento del ciclo que indica bucear en la teoría, verificarla en la práctica, constatar sus errores y volver a rectificarla. Contra toda predicción, la Universidad continuó abierta, sin permisos, sin intromisiones, legalizada por el ir y venir de estudiantes-piqueteros, estudiantes-asambleístas, estudiantes puros y duros que asisten a las charlas, a las clases y discuten en el bar, cuyo nombre hace justicia a un intelectual insobornable, Osvaldo Bayer. Su propia existencia cuestiona el contenido reaccionario y antidemocrático de aquello que mandaba "de casa al trabajo y del trabajo a casa", porque no hay democracia donde el acceso al conocimiento es un bien de minorías. Se dirá que es precisamente eso lo que debe cambiar. Y es verdad. Pero si durante treinta años la montaña se negó a ir a Mahoma, era hora de que Mahoma se pusiera a caminar hacia la montaña. ■



Publicado el 10/11/87

Por Juan Sasturain

Alfonso & Ezra Pound

I

Con la democracia, dijo Alfonso El Joven, demócrata,
subido al púlpito desierto
de soberbios milicos desertores:
con la democracia –perdonando la parola– **con la**
democracia –digo que dijo con la boca (de urna) llena–
con la democracia se come
se cura y
se educa

Un aplauso –a la izquierda, por favor– un guiño
–a la derecha, por si acaso– y un comido acá
un curado ahí
un educado más allá

Creamos en, creemos a
y criemos luego al
Elector en Democracia, pensó
Alfonso (que no era precisamente) El Sabio:
Un Educado bien Comido y Sano que Vote Bien:
un Golem, bah,
imaginó y dijo:
Vamos a ver si nos sale, duerman sin frazada, la casa está en orden

Y Alfonso sopló –acaso demasiado fuerte o acaso
demasiado débil– sobre el
muñeco de barro democrático y
todo
se fue
al mismísimo
carajo.

Y Alfonso (repentinamente) El Rápido se fue también
pero sólo a baraja
inaugurando la fila de demócratas borrados y eso sí:
bien comido (por los piojos)
bien curado (de espanto)
desnucado sin la menor educación.

Se fue, apagó la luz y
dejó
la puerta
abierta.

Como los lemmings, como las encantadas
lauchas de Hammelin o de Miami,
los democráticos roedores suelen votar al Flautista
botarse por el Abismo.

Y eso se paga. Con usura.

II

Con usura precisamente
Con usura dijo Ezra El Viejo, libérrimo poeta y equívoco
fascista subido al
precario banquito de tres patas en el exilio de Rapallo:
Con usura
cantó en los Cantos con el dedo (y no la mano) en alto,
las uñas sucias de tierra italiana pisada por
cien siglos de legiones
condottieros y
papas empapados en incienso
y acciones de la banca
Con usura
–dijo Pound de una vez y para siempre
para los alemann, los medicis, los rotschild o los menem–
Con usura
ningún hombre tiene una casa de buena piedra /
cada bloque pulido bien encajado /
de manera que el diseño decore la fachada /
con usura ninguna pintura es hecha para durar ni para vivir con ella
sino que es hecha para venderla /
y venderla pronto / dijo el loco peligroso, el
Internado Incontrolable
que se salía de la fila para cantar los Cantos /
y cerrar los cantos
ante la ventanilla de los
padres ladrones / fundadores
de los Fondos
y los Bancos:
El tallador es alejado de su piedra / el tejedor alejado de su telar
CON USURA
no viene lana al mercado
la oveja no da ganancia con usura, usura es una peste /
mella la aguja en la mano de la doncella /
frena el ingenio del hilador
y el viejo Ezra Pound
–traducido a mexicanos tropezones, quién lo diría–
espera usado impecable
en los estantes devaluados de Corrientes.

Con usura, un ejemplar de los **Cantos**
–el tomo primero, edición de Cátedra
entorpecido de notas de gallegos prolijos–
cuesta cerca de cincuenta pesos.

Con usura, en democracia, Ezra Pound está
prohibido. ■